

Valko, Marcelo

Pedagogía de la desmemoria : crónicas y estrategias del genocidio invisible
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2010.

416 p. : il. ; 22x15 cm. - (Oswaldo Bayer / Oswaldo Bayer; 2)

ISBN 978-987-1231-56-0

1. Historia Argentina. 2. Antropología Social. I. Título
CDD 982

Fecha de catalogación: 08/04/2010

Pedagogía de la Desmemoria

Crónicas y estrategias del genocidio invisible

Colección Oswaldo Bayer

Autor: Marcelo Valko
marcelovalko@yahoo.com.ar
Prólogo: Oswaldo Bayer

Diseño de tapa y diagramación: Nicolás Gil
Coordinación editorial: Belén Dezzi
Coordinación general: Pablo Moratorio
Corrección: María Gabriela Ini
Foto del autor: Sebastián Romero
Impresión: Imprenta de las Madres



Ediciones Madres de Plaza de Mayo

Hipólito Yrigoyen 1432
C.P. 1089 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 4383 4188
E-mail: editorial@madres.org
Web: www.madres.org

1ª edición de 1000 ejemplares, marzo de 2010
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina

Colección Oswaldo Bayer

Pedagogía de la Desmemoria

Crónicas y estrategias del genocidio invisible

Marcelo Valko



Ediciones Madres de Plaza de Mayo

I

Maestros en el arte de mentir

*¿Quién lee diez siglos de historia y no la cierra
al ver siempre las mismas cosas con distinta fecha?*

León Felipe

1) Inferiorizar, invisibilizar, exterminar

*¡Quisiéramos tener el prestigio que nos
aureolaba en los tiempos de Roca!*

Marcos Aguinis. *La Nación*, 25 de abril de 2008

Todo genocidio es heredero de un genocidio anterior. Matanza hereda matanza. La desmemoria hereda olvido. La impunidad traslada el espanto una y otra vez y la invisibilidad se instala. No existe genocidio sin la complicidad de las mayorías. Y no existe la necesaria dosis de complicidad sin una buena coartada que justifique la indiferencia y el silencio general frente a la matanza. Es necesario algún pretexto narcotizante y a la vez convincente, alguna teoría con visos de racionalidad que permita evadir la culpa. Nadie acepta vestir el traje de la maldad gratuitamente. Ningún genocida acepta tal papel, los acusados de crímenes de lesa humanidad aducen una motivación altruista para actuar en nombre del conjunto de la sociedad. Y aunque los motivos para eliminar a una persona finjan ciertas variantes, en realidad siempre se trata de un mecanismo único que se pone en práctica y que no tiene que ver sólo con un ejercicio desmedido del poder. Para ejecutar un genocidio se requiere, ciertamente, el control de los resortes del poder, pero no todo poder es genocida, puede ser despótico, cruel o hasta asesino, pero no implica necesariamente la práctica de un exterminio masivo. El genocidio, en particular el genocidio perpetuo que se abate sobre América, es muy distinto de otros genocidios, por supuesto tremendos, pero que se encuentran acotados en un espacio temporal.

A lo largo de la historia se cometieron numerosas aberraciones que grupos étnicos o estados nacionales enmascararon con distintos ropajes para eliminar al Otro al que se desviste de memoria y se le sustituye el futuro, se lo desnuda de su condición de hombre y se lo invisibiliza para luego exterminarlo. El otro, ese extraño, extranjero, diferente, anormal o subhumano, es un otro que no comparte las cualidades esenciales del grupo que ejecuta la matanza. La religión, la biología, la ciencia o la filosofía, brindan la cobertura ideológica y las excusas necesarias para cada ocasión en que es necesario poner en práctica este mecanismo.

Sin ánimo de historiar un problema que nos llevaría varios tomos, propongo un breve pantallazo. En 1537 mediante la Bula Papal *Sublimis Deus* de Paulo III, la Iglesia advierte que los indios "eran seres humanos dotados de alma y razón". No obstante lo novedoso del anuncio promulgado desde el Vaticano, la Bula tiene por objetivo a los enemigos de España entre quienes comienza a esparcirse la llamada Leyenda Negra que mancha la gloria de España y del mismo modo que no convence a nadie, tampoco tiene efectos reales. Los indígenas desaparecen en proporciones alarmantes, las islas del Caribe se despueblan y los habitantes de las costas centroamericanas huyen o son cazados como esclavos. Pronto, por sugerencia de Las Casas, comienza la importación de esclavos negros para atenuar el sufrimiento de los naturales. No creer en el Dios correcto implica carecer de la *d* *is* de divinidad que el creador infundió en el grupo elegido al moldearlo a su imagen y semejanza. Inocular esa luz y esa palabra a los infieles será un reto difícil para los misioneros que pondrán en práctica un amplio abanico metodológico donde no siempre la paciencia será la principal virtud como se evidencia en el texto *De Procuranda* del jesuita José de Acosta escrito hacia 1580: "La condición de los bárbaros de este nuevo mundo por lo común es tal, que como fieras, que si no se les hace alguna fuerza, nunca llegarán a vestirse de la libertad y naturaleza de hijos de Dios". Acosta no es un improvisado en la materia, es un sacro teólogo que detenta el cargo de calificador de los integrantes del Santo Oficio de la Inquisición y sugiere evangelizar haciendo "alguna fuerza". Y la "fuerza" vendrá de los hombres pero también del Cielo como señaló el franciscano Toribio de Benavente Motolinía en su *Memorial de las casas de la Nueva España*. Allí equipara la mortandad de México-Tenochtitlán con lo ocurrido en el Egipto bíblico cuando Jehová castiga con dureza al pueblo del Faraón. Incluso enumera diez plagas que mandó Dios para castigar a los mexicanos entre las que menciona la viruela, el hambre, los tributos y el trabajo en las minas. En esa homologación con los egipcios, los mexicas se convierten en impíos que se oponen a los designios del Señor y merecen morir como mueren. Todos los justificativos caben en la cuenta de la religión vencedora.

Las mínimas diferencias de biotipo sirven para discriminar a ese 'otro extraño': los pómulos salientes, una nariz de base ancha, en especial el matiz de la piel será la más 'popular' de las pruebas de la inferioridad

del otro y saldrá a relucir hasta bien entrado el siglo XX como en una publicación salesiana que se refiere de esta manera a la tez de los mapuches "a quienes Dios cubrió con una piel de diferente color que la nuestra" (Armas 1967: 22). En algunos casos, los eruditos logran percibir diferencias hasta en las estructuras óseas. Semejantes poderes clarividentes ya los podemos encontrar en Gonzalo Fernández de Oviedo cuando describe a los naturales en su *Crónica de las Indias*:

(...) tampoco tenían las cabezas ni las tienen como otras gentes, sino de tan recias y gruesos cascos (el cráneo) que el principal aviso que los cristianos tienen cuando con ellos pelean, es no darle cuchillas en la cabeza porque se rompen las espadas. Y así como tienen el casco grueso, así tienen el entendimiento bestial y mal inclinado. (Fernández de Oviedo 1547: 57)

Otros optan por escudarse tras los justificativos científicos que establecen proliferas categorizaciones de la escala evolutiva como lo demuestra sobradamente la antropología colonialista durante el siglo XIX avalando la apropiación del mundo por Occidente. Todas las escalas tienen como meta llegar al 'estadio' alcanzado por la Inglaterra Victoriana como lo explicita Lewis Morgan, el llamado padre de la antropología en *Sociedad Primitiva* (1877) con la sucesión de sus proliferas etapas que parten del salvajismo y atraviesan la barbarie hasta llegar a la civilización, estadios que deben transitar necesariamente los diferentes grupos humanos en su camino hacia el progreso encarnado por EE.UU. y Europa. En tales propuestas, la superioridad que sienten unos frente a otros será el denominador común. Todos los aspectos de la vida arcaica son menospreciados y en el mejor de los casos, pasan a ser interesantes en virtud de su exotismo.

Tal vez es la filosofía quien aporta mayor cantidad de bagaje teórico para inferiorizar e invisibilizar la condición humana del individuo que luego será exterminado. En particular Aristóteles, uno de los máximos ideólogos del estado esclavista griego, será quien va a propagar una doctrina que los siglos pacientemente naturalizaron. Me refiero a aquel axioma de los hombres y los *homunculli*, los que nacieron amos y los que nacieron para ser esclavos. Aristóteles es el progenitor de esa siniestra dialéctica de los unos y los otros, de los amos y los esclavos.

Un momento fundamental de la historia de América tendrá lu-

gar en 1550 en el pequeño convento de San Gregorio de Valladolid, donde la corte de Carlos V se traslada para escuchar a los máximos eruditos peninsulares. Estos varones gravísimos y muy versados en derecho y teología, escogidos entre todos los del Consejo Real ingresan al convento cuyas fachadas, revestidas de altorrelieves, muestran casualmente, hombres salvajes. El debate público donde se decide el origen ontológico y por ende el destino de los americanos, se formula en latín y será presenciado por teólogos y doctores como Melchor Cano y Domingo de Soto e incluso varios capitanes que han regresado de América como Bernal Díaz del Castillo. En Valladolid se sustancia una polémica que había nacido en cuanto Colón regresó del primer viaje a Las Indias. ¿Eran humanos los habitantes descubiertos? ¿Era lícito esclavizarlos? ¿Pueden alcanzar la fe? La célebre disputa entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, con seguridad la de mayor trascendencia de toda la historia de la Conquista de América, enfrenta posiciones antagónicas entre quienes sostienen la inferioridad natural de los indios, y los que afirman que pueden alcanzar la fe y, por lo tanto, participar de la condición humana. En realidad se está discutiendo la legitimidad de la Conquista. El debate de Valladolid tuvo una trascendencia estratégica que no se refleja en el espacio que le otorgan los programas de estudio, tal vez por el uso que allí se hizo de la doctrina de Aristóteles, uno de los filósofos predilectos del imaginario académico Occidental.

En esos momentos el dominico Las Casas hacía años que venía defendiendo a los indígenas desde el Obispado de Chiapas afirmando que los indios eran hombres y habían sido descubiertos para alcanzar la salvación. Concibe el hallazgo y la apropiación del Nuevo Mundo como una cruzada para el *orbis christianus*. Por su parte, Sepúlveda afincado en la corte, es confesor del rey, cronista real y también un religioso ortodoxo que desarrolla un pensamiento caldeado por la temperatura de las guerras de la Contrarreforma. Es uno de los mayores especialistas de su tiempo del idioma griego y uno de los máximos traductores de Aristóteles, de quien toma la noción de "Guerra Justa", en particular la argumentación que aquél desarrolla en *La Política*. Antiguamente Occidente justificaba la dominación asegurando que llevaba la palabra de Dios a los infieles. Hoy malabarismo mediante, sustituye peras por manzanas y dice traer la democracia y la libertad a los nuevos 'bárbaros' islámicos. En 1550, España se encuentra en la cúspide de su poder imperial, es una potencia hege-

mónica y Carlos V tiene la fortuna que no tendrá ningún otro monarca del planeta. Durante su reinado se captura México (1521) y Perú (1533), lo que significa el comienzo de un flujo de metales preciosos como nunca se ha visto. En los Libros de Cuenta y Razón y Cargo y Data de la Casa de Contratación consta que entre 1503 a 1660 las remesas enviadas a España llegan a 181.333 kilos de oro y 16.886.815 kilos de plata, sin hablar del contrabando y lo que se ocultó al fisco real. Magallanes y Elcano completan la vuelta al mundo y la *Pax Hispánica* es tal, que se permite el lujo de autorizar ese debate, ciertamente peligroso, donde se cuestionaba en última instancia la legitimidad que tenía España para apoderarse del Nuevo Mundo. Debate en el que Sepúlveda se lanza al ataque con violencia. Parte de su argumentación principal, la podemos rastrear en su *Demócrates* cuya edición fue prohibida tras el debate:

Los más grandes filósofos declaraban que estas guerras pueden emprenderse por parte de una nación muy civilizada contra gente nada civilizada que son más bárbaros de lo que uno se imagina, pues carecen de todo conocimiento de las letras, desconocen el uso del dinero, van casi siempre desnudos hasta las mujeres, y llevan fardos sobre sus espaldas y en los hombros como animales, durante largas jornadas. (Sepúlveda 1951: I, 5)

Sepúlveda, parafraseando al filósofo griego, asegura que los hombres se rigen naturalmente por un régimen de jerarquía y no de igualdad. Afirma que "los indios son radicalmente inferiores como los simios lo son a los hombres" e incluso considera su eliminación como un acto de caridad cristiana. Su postura es intransigente y por eso insiste en percibir a los indígenas como habitantes de un estamento inferior:

Esos bárbaros (...) en prudencia, ingenio y todo género de virtudes y humanos sentimientos son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos, las mujeres a los varones, los crueles e inhumanos a los extremadamente mansos, los exageradamente intemperantes a los continentales y moderados, finalmente cuanto estoy por decir los monos a los hombres. (Sepúlveda 1951: I, 33)

Y al no ser humanos, obviamente, carecen de raciocinio: "aque-

llos hombres que difieren tanto de los demás como el cuerpo del alma y la bestia del hombre (...) son por naturaleza esclavos. Es pues esclavo por naturaleza el que participa de la razón en cuanto pueda percibirla, pero sin tenerla en propiedad" (*Idem*). Es decir, el nivel mental de un esclavo apenas alcanza para percibir una orden simple y cumplirla; en tanto subhumano, carece de la iniciativa para formularla, está falto de razonamiento, por eso no logra generarla. Otro de los aspectos de la argumentación de Sepúlveda fue sostener que Las Casas exageraba las atrocidades descritas en su *Brevísima Relación de la Indias*. Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés que presencia la disputa, lo consigna por escrito en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ironiza sobre las "grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el señor obispo de Chiapas Don fray Bartolomé de Las Casas; porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó" se cometieron las matanzas que describe. Incluso, contando con poderosos amigos, Bernal se atreve a desmentir a Las Casas al afirmar que "sucedió todo al revés y no pasó como lo escribe" (Díaz del Castillo 1568: 297).

La disputa de Valladolid dura meses y no arriba a ninguna conclusión. Al final, cansados, ambos contendientes se atribuyen la victoria pero en realidad todo queda como estaba en un principio. En el corto plazo, Las Casas logra evitar que Sepúlveda publique su tremendo *Democrates secundus sive de justis causis belli apud indios* (De las justas causas de la guerra contra los indios). Tamaña justificación hubiera sido nefasta, tal como lo plantea el obispo de Chiapas con claridad: "qué será del día en que los malvados, que según el viejo proverbio sólo esperan el momento, lean que un sabio, doctor en teología y cronista real, apruebe en libro publicado esas guerras perversas y esas expediciones infernales".

Sin embargo, Sepúlveda y sus adeptos tienen motivos para estar satisfechos, ya que no se suspende la Conquista como había sido el planteo de máxima del dominico. Los indígenas siguen siendo percibidos como algo difuso, no se sabe exactamente qué son ni cuál es su origen. Los teólogos no logran dilucidar de modo fehaciente la procedencia de los habitantes de América, ya que de acuerdo a la Biblia los tres continentes Europa, Asia y África fueron poblados por Cam, Jafet y Sem, los tres hijos de Adán y Eva. No había un cuarto descendiente para habitar América. El Nuevo Mundo es un verdadero rompecabezas que los obliga a realizar permanentes ajustes semánticos para suavizar lo que en la realidad

ocurre de modo brutal. Desde 1573 se suprime en todos los documentos oficiales la palabra "Conquista" y se la reemplaza por "Pacificación" en una simple operación cosmética sin mayores consecuencias prácticas.

El extenuante debate de Valladolid ni siquiera consigue dilucidar un modo correcto y unánime para denominar a los habitantes de América con un gentilicio aceptado por todos. Los problemas terminológicos para designarlos no son una cuestión menor, expresan una sintomatología producto de desconcertantes errores geográficos, filosóficos y de etimología básica. Retomando lo que sostuve en *Los indios invisibles...* el más burdo de estos sugestivos actos fallidos también es la más popular de las denominaciones: *indios* (Valko 2008: 66). Como se sabe, los descubridores adjudicaron tal nombre creídos de estar pisando la India asiática. Por su parte, *aborigen* se refiere al natural del suelo que habita, un concepto que aporta poco, dado que también un danés sería un aborigen de Dinamarca. Hay quienes piensan que la etimología de aborigen está basada en *a-origene*, es decir, sin origen, y que el término fue aplicado a los americanos dado su incierta procedencia. Por su parte, *indígenas* deviene de indigencia y alude al estado de necesidad y carencia que se observa en estas poblaciones. Otra imagen muy curiosa tiene que ver con la definición de *naturales*, un concepto que alude a su vida silvestre en inmediato contacto con la naturaleza y que implica su desnudez. La piel desnuda de los indios alude por una parte a la inocencia y pureza de seres muy próximos al Edén, y por otra, es un indicativo de la lujuria, el sexo y el pecado. Ambas imágenes, tanto la desnudez ingenua como la visión lujuriosa, son conceptos opuestos a la razón que detenta el occidental que desembarca vestido. Llamarlos *americanos* es otro despropósito enorme, ya que se les otorgaría el nombre de uno de los cartógrafos del descubrimiento que terminó acabando con su mundo. Y ni qué decir cuando se encasilla sus sociedades como *precolombinas*, donde se observa un caso similar. Además, el mismo prefijo *pre* parece condenarlos a dos movimientos ineludibles: los arroja al pasado y al mismo tiempo los encarrila, al decir de Colombres, a un destino irremediable. En el prefijo está implícito un tránsito o pasaje hacia lo *post*. De esa forma se anula su historia y se los encadena al devenir histórico Occidental. Hay indígenas para todos los gustos que van desde el antropófago al buen salvaje. Cada uno de estos términos que se utilizan como sinónimos, arrastran una herencia maliciosa y equívoca. Se trata de una terminología que se establece como obstáculo epistemológico en el

mismo instante de su pronunciación. En vista de todas estas desesperantes dificultades para nombrarlos, últimamente existe una tendencia a llamarlos *pueblos originarios*. Pero si nos detenemos un momento a pensar sobre esta denominación, tampoco aportaría ningún componente específico. También los galos son el pueblo originario de Francia, o los germanos de Alemania. Esta gravísima incapacidad de nombrar ya fue advertida con molestia hace varios siglos por el cronista Felipe Guamán Poma de Ayala cuando se lamenta del nombre equivocado que le pusieron a nuestro continente y a quienes lo habitaban “no porque se llamasen los naturales indios de Indias (...) y les llaman indios oy y hierran (...) cada parcialidad se tiene sus nombres, Castilla, Roma” (Guaman Poma 1613: 374).

La idea aristotélica de la inferioridad natural de los que nacieron esclavos permanece enquistada hasta nuestros días. Se la puede rastrear, por ejemplo, en las constantes sugerencias para retornar al “voto calificado”, tal como se realizaba en la antigua Grecia, donde sólo los propietarios tenían la cédula que los acreditaba para votar. Todos estos justificativos religiosos, filosóficos o biológicos que se montan unos sobre otros, se utilizan para pontificar al Hombre, a Dios, a la Patria, al Ser Nacional o a la Raza y mantienen una consecuente unicidad histórica para negar al Otro. En muchos casos, se utiliza una terminología cercana a la empleada por los extirpadores inquisitoriales que equiparan a la Nación con un cuerpo al que hay que preservar de contagios y, llegado el caso, operar para extirpar el mal diabólico o el quiste maligno para salvar, aun a costa de amputaciones y mutilaciones, el cuerpo de la Patria. Y para no alejarnos de España donde se desarrolló el debate de Valladolid, podemos citar una entrevista que el Generalísimo Francisco Franco concedió al *Chicago Tribune*. Allí afirmó sin alterarse y con esa voz aflautada tan característica: “Estoy dispuesto a exterminar, si fuera necesario, a toda esa media España que no me es afecta” (Ianni 2008: 53). Estos personajes asumen el papel de inquisidores del Santo Oficio, por eso las palabras del Caudillo recurren a la misma partitura oscurantista que la utilizada por Sepúlveda. Suena parecido a los dichos del extirpador de la herejía cátara, el legado papal Simón de Monfort. Este representante de la Iglesia, ordenó exterminar a la totalidad de los 17.000 pobladores de Béziers acusados de participar del sacrilegio cátaro. Ante la vacilación de sus lugartenientes por la magnitud de la matanza solicitada, Monfort dictaminó con pasmosa tranquilidad: “matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos”.

En la actualidad, seguimos encontrando los mismos rastros de sangre en quienes hablan del mal que aqueja al país, de la obligación moral de extirpar el quiste cancerígeno que busca propagarse por el cuerpo de la Patria. El general Ibérico Saint Jean no tiene nada que envidiar al Generalísimo de España o al legado pontificio. En 1977, al cumplirse el primer año de la Dictadura, Saint Jean declaró con una satisfacción paranoica: “primero eliminaremos a los subversivos, luego a sus colaboradores, seguiremos con los simpatizantes y acabaremos con los indiferentes”. Si se animaba a verbalizar estas declaraciones públicamente, ¿que sucedería puertas adentro de las mazmorras! Sólo quedarían ellos: los extirpadores de idolatrías y bestialidades. Ciertamente, el Proceso de Reorganización Nacional de 1976 se consideraba heredero de la Conquista del Desierto que luchaba por los “valores inmanentes de la civilización” y cuyo centenario, en 1979, celebró con bombos y platillos como veremos más adelante. Por su parte, Estanislao Zeballos, uno de los principales ideólogos de aquella expedición de Roca, señaló: “La Barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos” (Zeballos 1881: 228). Exorcizar la tierra extirpando hasta sus muertos. Justamente, todo genocidio parte y se sostiene a través de un discurso que atraviesa el tiempo e invisibiliza al Otro. La impunidad de ayer facilita la impunidad de hoy. El Otro siempre es un bárbaro, un hereje, un apátrida, un maldito a tal grado que es necesario desterrar hasta sus restos para liberar la tierra de su malsana infección. Todo genocidio hereda genocidio. Matanza hereda matanza. Impunidad hereda impunidad.

A mediados del siglo XVII Thomas Hobbes escribe *El Leviatán*. Allí plantea una hipótesis acuciante: *homo homini lupus*. En ese texto da por sentado que el hombre es el lobo del hombre. El hombre es el que devora al hombre. Ciertamente propone un panorama sombrío, y como de hacer amanecer se trata y aunque parezca paradójico, su *homo homini lupus* es adecuado para iniciar el rastreo de la pedagogía de la desmemoria que aspiro a desarrollar. Los lobos que van a devorar, en este caso, a los pueblos originarios son de la peor especie, son carroñeros que, paradójicamente, se encuentran en el mismo eslabón de la escala evolutiva que sus víctimas. No son especies distintas, son hombres lobos de hombres. Son hombres iguales a los hombres que exterminan.

Un genocidio nunca se comete si no posee una segura coartada

de impunidad. Pensemos en lo que Turquía hizo con un millón y medio de armenios en la I Guerra. Ankara estaba convencida de la victoria y de que la limpieza étnica no tendría mayores consecuencias. Realizó una operación quirúrgica para extirpar a los armenios a quienes consideraba un quiste maligno, una excrescencia en el cuerpo nacional. Pese a haber sido derrotada en 1918 junto a las potencias centrales, su posición estratégica la exoneró de culpa ante las democracias occidentales. Además, se habían exterminado armenios, no habitantes europeos. Su ubicación como una pieza clave del Medio Oriente parece haberle otorgado impunidad perpetua. Ese genocidio de principios del siglo XX no ocurrió. La Alemania nacionalsocialista, con su certeza de un *III Reich* para mil años, partió del mismo supuesto. El único inconveniente fue haber perdido la guerra. Sin embargo, y aunque pocos quieran admitirlo, los vencedores no estuvieron muy preocupados por impedir el exterminio de gitanos y judíos, de haberlo querido, hubieran bombardeado los hornos crematorios y las cámaras de gas. No lo hicieron. Por el contrario, cometieron a su vez otro genocidio de proporciones, sólo que matizado con el barniz de la victoria. Los manuales de historia y las películas *made in Hollywood* todavía cuentan que las dos bombas atómicas que se lanzaron contra ciudades repletas de civiles como Hiroshima y Nagasaki fueron "necesarias para salvar vidas". Matar en forma masiva para salvar vidas. Saltan a la vista las distintas calidades de las personas: los enemigos cargan con "diferencias" que inhabilitan su humanidad arrojándolos en la confusa bolsa de la inferioridad racial. La necesidad de denostar al contrario lo transforma en subhumano como puede observarse en la propaganda bélica que EE.UU utilizó contra Japón en la II Guerra Mundial acentuando rasgos morfológicos, en particular los ojos rasgados, la piel amarilla o la baja estatura hasta transformar a los japoneses en seres monstruosos.

Más cercano en el tiempo tenemos el caso de Israel. Un Estado que debió constituirse como un paradigma de la tolerancia y en el país más observante en lo que atañe a los derechos humanos, muy pronto extravió el rumbo de los *kibutzines* iniciales y no pudo despegarse del rol de gendarme del Medio Oriente que le fue asignado. Así se convirtió en un territorio donde prolifera un racismo acentuado, y donde últimamente la construcción de un muro de cientos de kilómetros que quiebra el territorio haría palidecer de envidia al más extraviado de los stalinistas que erigieron el Muro de Berlín. Por su parte, la Argentina Occidental y Cris-

tiana de la Dictadura del pomposo Proceso de Reorganización Nacional de Videla también hizo lo suyo. Hizo de todo en realidad. Arrojó gente viva mar adentro, mató, torturó, violó y hasta robó bebés para suplantarles la identidad. La Dictadura vernácula, al igual que el régimen turco de la I Guerra, los nazis y los últimos gobiernos de Israel, estaban y están seguros de gozar de impunidad perpetua.

Aunque resulte discutible, los casos que acabamos de mencionar se encuentran acotados temporalmente, por supuesto los genocidios armenio, gitano o judío venía larvándose de muy atrás y las guerras le permitieron a la intolerancia de siglos pasearse desnuda. En cambio, lo sucedido en América rebasa estos ejemplos desde el punto de vista de su continuidad temporal. Sin embargo, los teóricos especializados en este tema, los cadaverólogos no se lo cuestionan, es como si no tuviesen espacio mental para otros horrores. Por estos lares seguimos hablando de "encuentro de culturas", seguimos con el máximo de show minimizando cualquier tipo de reflexión. ¿Podríamos decir que lo sucedido con los armenios a manos de los turcos fue un encuentro de culturas? Obviamente que no. En cambio en América continua utilizándose el eufemismo de "encuentro de culturas". La impunidad y la complicidad perpetua son las hermanastras de la injusticia. No hay castigo, la arbitrariedad sigue indemne. Este perverso mecanismo produce un doble resultado, por una parte se invisibiliza lo ocurrido y luego se lo glorifica. Este doble mecanismo mental genera la inelaborabilidad del espanto. Es algo imposible de elaborar. Si equiparamos lo ocurrido en América con el caso de Hitler y los judíos, tenemos como resultado que no sólo se niega el Holocausto, sino que además se termina glorificando a los SS. Y así como existe esa búsqueda de impunidad perpetua, de complicidad perpetua, también existe un genocidio perpetuo. Precisamente este libro, que tiene como eje desenmascarar la pedagogía de la desmemoria, va a enfocar aspectos de un genocidio que sigue ocurriendo hace cinco siglos, un genocidio permanente y sin embargo oculto. Un genocidio de características y proporciones difíciles de comprender. Sin embargo ocurrió, y en algunos puntos sigue sucediendo, se sigue negando, oprimiendo, invisibilizando. Y aunque planteamos la hipótesis del genocidio perpetuo, por razones de espacio no voy a enumerar los infinitos horrores del comienzo de la Conquista entre los siglos XV al XVIII. Me voy a centrar en un período más

reciente, situado entre el último cuarto del siglo XIX. Es un período en el cual se crea y consolida el imaginario de esa Argentina generosa, abierta a todos los hombres de buena voluntad; ese país granero del mundo, esa tierra del trigo y las vaquitas, poseedora de los cuatro climas, tal como nos enseñaron nuestras maestras de los primeros grados. Ese país que nunca existió en realidad, decidió suprimir a todo un conglomerado humano 'sobrante'.

El imaginario social va a construir la pedagogía de la desmemoria sobre la que se asienta la Historia Oficial. ¿A qué me refiero con pedagogía de la desmemoria? Me refiero a una estructura mental que hace del olvido, de la pérdida de la verdadera identidad, de la amnesia y de la tergiversación de la historia, su máximo catecismo. El poder tiene pánico de recordar. Esa estructura hace un culto de la desmemoria, de la amnesia colectiva. Ama el olvido. Ama lo ilusorio, se desespera por imaginar que estamos en Francia, que Buenos Aires es París, que somos todos blancos y rubios como en Escandinavia. Necesita olvidar, porque olvidar es olvidarse de sí misma, de sus responsabilidades, de su fingida ignorancia, de sus justificaciones absurdas, de aquella letanía "por algo será" que se repetía como si se tratara de un axioma filosófico capaz de explicar lo imposible, de explicar y justificar la desaparición de decenas de miles de ciudadanos y el secuestro de 500 bebés, (de los cuales, felizmente, un centenar ha sido recuperado). Y la pedagogía de la desmemoria busca evitar ligazones claras y borrar los nexos del accionar genocida, como fue la entrega en "adopción" de los niños indígenas a familias cristianas. En 1878 se aseguraba: "cualquiera situación que se les haga en el campo o en el servicio doméstico entre cristianos, es preferible a la vida que llevan al lado de sus padres" (*El Nacional* 30/11/1878). La pedagogía de la desmemoria continúa repitiendo el latiguillo "los indios chilenos (...) las hordas chileno-indias" (Raone 1969: 397). Es decir, indios extranjeros, indios "usurpadores y genocidas" como los califica una reciente solicitada aparecida en *La Nación* el 28 de noviembre de 2006 donde invierte los roles de víctimas y victimarios: "Estos indios chilenos se autodenominaron mapuches y no sólo fueron usurpadores, sino también genocidas, a pesar de lo cual el tratamiento que se les dio a los que se sometieron voluntariamente fue muy generoso".

Como veremos a lo largo de este texto, esa "generosidad" para con los que se sometieron voluntariamente incluyó el asesinato durante

los traslados, las deportaciones masivas, el desmembramiento familiar, la reclusión en campos de concentración, la inoculación de la viruela, los trabajos forzados. Esa "generosidad" se construyó con desmemoria y silencio. No en vano, Juan Sorbino, teólogo de la liberación que postula la necesidad de no perder la memoria de las víctimas ni de los victimarios, fue condenado a "silencio absoluto" por el Papa Benedicto XVI. El poder sueña con el silencio. Anhela suprimir la memoria. Este castigo del Papa alemán Ratzinger a Sorbino me recuerda aquel Bando terrible del corregidor Areche donde condena a Túpac Amaru a morir descuartizado. Aquel Bando no sólo es expresión de una enorme crueldad al pormenorizar la manera en que el revolucionario y su familia deben ser ejecutados, sino de una interesante construcción del olvido. La sentencia de Areche va mas allá: prohíbe el idioma quechua, las comedias donde los indios representaban la muerte de Atahualpa, las vestimentas e incluso los peinados, tradicionales identificadores étnicos que "solo sirven para recordarles memorias de sus incas" (Lewin 2004: 476). El quechua deberá ser reemplazado por el castellano, las obras de teatro por las procesiones de las fiestas eclesíásticas y la ropa y los tocados de las mujeres por vestidos y trenzas de las campesinas peninsulares. Paradójicamente, con el correr del tiempo, esa vestimenta será considerada como "clásica de las cholitas" del altiplano. Una vestimenta de castigo. Aunque resulte increíble, Areche prohíbe recordar y ordena el olvido. El bando que concluye con el líder de la máxima rebelión colonial, tiene como objetivo la destrucción de la memoria. El Corregidor Areche, como encarnación de la autoridad que se postula hegemónica, busca inocular la amnesia y se propone amaestrar los recuerdos. Ese es el mecanismo de la desmemoria, y como doctrina viene de lejos usurpando la memoria americana.

Cuando el 12 de julio de 1562 fray Diego de Landa descubre un grupo de códices mayas que almacenaban información oracular y sapiencial, decide realizar una gran quema que pasó a la historia como el llamado "Auto de fe de Maní". Condena a la hoguera a toda una simbología contraria a los Evangelios coartando de ese modo la posibilidad de recuperar a través de los códices sus valores culturales. De Landa fue implacable y partió como un rayo para Maní, a poner remedio en tal idolatría y castigar tal desvergüenza. Atrapó sacerdotes vivos y a otros que habían muerto, los desenterró y arrojó al fuego por apóstatas de la Santa

Fe, capturó además cientos de ídolos, imágenes pintadas, vasijas sospechosas y al menos 27 códices. Con una ironía que desborda sadismo, el fraile sintetiza su extirpación:

Usaba también esta gente de ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con estas figuras y algunas señales de las mismas, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese supersticiones y falsedades del demonio; se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena. (De Landa 1566: 105)

La acción de la desmemoria no sólo provoca un dolor que los indígenas padecen “a maravilla”, sino que actúa en forma poderosa, y en numerosos casos va a lograr sus objetivos, va a destruir los andamiajes teórico-míticos, los va a despojar de los soportes del pensamiento dejando a la larga únicamente actos vacíos. Diego Durán, en su *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, brinda un dato estremecedor que proviene de los primeros 50 años de conquista: “Ni hay ya indios que entiendan ni saben cuando entra o sale el año. Solo les ha quedado la memoria de lo que en aquellos días hacían. Obran hoy cuando pueden y no cuando quieren y así obran fuera del tiempo de sus ceremonias” (Durán, D. 1570: 177). Apenas permanece la memoria en acto, conductas que se reiteran en forma de hábito despojado de su significado. Aquellos amautas, sabios y sacerdotes fueron barridos subsistiendo apenas una reminiscencia ritual.

Uno de los principales logros de la desmemoria es la sustitución de la realidad histórica, lo que produce una arraigada fantasmagoría social. De ese modo nos encontramos habitando una suerte de realidad paralela, una realidad ficcionalizada. Una ignorancia devaluatoria que mantiene eterno un *status quo* de frustración e invisibilidad. Un analfabetismo de conciencia que, por ejemplo, crea y conduce a aquella relación malsana que establece la dialéctica de la burbuja blanca de Buenos Aires, intoxicada con sus propias toxinas que la llevan a soñar con ser la París de Sudamérica, frente a un territorio extenso poblado de mestizos con los que tiene poco y nada que ver. Esta realidad ficticia, necesariamente tien-

de a producir razonamientos esquizoides y malsanos que temen más que nada a la materialidad, a lo concreto, a lo cierto y real. Por eso no va a ser casual que aquellos políticos ilustres e ilustrados como Rivadavia, Mitre o Sarmiento manifiesten gran desprecio por la extensión de nuestro país y les importe bien poco y nada la pérdida de la Banda Oriental del Uruguay o el Alto Perú. Especialmente Sarmiento será el vocero de aquellos que consideran la extensión territorial como una deformidad, como un pecado original, una tara de nacimiento de la que apenas está exento el puerto con sus ojos fijos en el horizonte Europeo. Para los positivistas del siglo XIX, Argentina es la ciudad y la ciudad es Buenos Aires. Sarmiento expresa una y otra vez su desazón por esa inmensidad que, desde su óptica, en lugar de otorgarle aire y poder, la asfixia y disuelve: el mal que aqueja a la Argentina “es su extensión (...) el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas” (Sarmiento 1851: 23). El ministro de Guerra Adolfo Alsina le dice al coronel Álvaro Barros: “sufrimos el mal del desierto” (Serres Güiraldes 1979: 229). El desierto es una enfermedad. Y este temor a la territorialidad americana sienta precedente, hace escuela y atraviesa un siglo y lo volvemos a encontrar una y otra vez. En el prólogo que en 1969 el general de brigada Anaya escribe para el libro *La Conquista del Chaco*, vuelve a incursionar en el “mal del desierto”. El mal al que se refiere el general Anaya no es una dolencia o una bacteria que ataca a los que atraviesan el “desierto”, sino que ese Desierto, donde no habitan los humanos, sino los indios, es un mal en sí mismo, un mal *per se*. Un Desierto con mayúscula que hay que poblar exterminando a sus moradores originarios. En realidad, como demostraremos más adelante, el Ejército Nacional más que conquistar el Desierto lo va a construir.

De lo que aquí se trata es de explorar olvidos, desenterrar mentiras enseñadas como axiomas académicos y explicar oscuridades que pretenden eternizarse en el imaginario. Tenemos el deber de develar, es decir: quitar los velos. Son muy poderosos los intereses de aquellos políticos y empresarios de la pobreza que necesitan que los pueblos originarios mantengan su lugar de siervo de la gleba, de combustible biológico, de bárbaro sin raciocinio ni cultura, de sirvientes, en definitiva, de esclavos ante la sombra del amo. Esclavos sin voz, sin acceso a la palabra y a un nombre. La intervención de la pedagogía de la desmemoria colectiviza la amnesia y niega la palabra. Y el silencio puede ser también el peor de

los gritos de angustia. La más nociva de las palabras. El silencio también puede ser lo más patógeno y estresante. El silencio que niega. El silencio cómplice. El silencio que invisibiliza. El silencio de la impunidad. El silencio sobre el genocidio perpetuo, es la enseñanza que en forma de resaca aflora tras el accionar de esta particular pedagogía. Desmemoria, silencio, invisibilidad. La campaña de Roca y las campañas de ablandamiento previas, sucedieron muy lejos de Buenos Aires, a miles de kilómetros. En la periferia de la periferia los muertos son más invisibles todavía. Nunca llegaron a ser. Nunca estuvieron empadronados ni tuvieron nombres reconocidos por el Estado. Es como si no hubiese muerto nadie, como si nunca hubiesen estado vivos. Realmente esos muertos perpetuos eran y siguen siendo No Natos, No Nacidos, *No Nominatos*, No Nombres, esa suerte de entequeia a la que se refirió Videla cuando habló por única vez de los desaparecidos.

Como el resto de Latinoamérica, Argentina es un país injusto. Es imposible no reconocerlo, pero nuestra historia arrastra una injusticia estructural que no hace más que profundizarse con el correr del tiempo. Los sectores marginados y oprimidos no dejan de aumentar: villeros, cartoneros, orilleros, piqueteros y los novedosos "banquinos", esas familias que reciben tal denominación por vivir en las banquinas a orillas de la ruta. Toda esta constelación marginada vive sin esperanza de reingresar al sistema productivo. Por supuesto, los más oprimidos de los oprimidos, los que ocupan el último escalón de la marginación, son los indígenas. La pedagogía de la desmemoria hizo su trabajo. Después de arrebatarles sus tierras, sustituirles el idioma, reemplazarles la cultura, forzarlos a aceptar otras creencias religiosas y estructuras sociales, se los colocó en el banquillo de los acusados. Sus reacciones ante el avance constante de la frontera primero y por solicitar mínimas condiciones laborales después, son traducidas como ataques, violaciones de tratados, saqueos.

Como dijimos, no existe exterminio sin complicidad. Los que ejecutan los crímenes siempre son una minoría, tanto en la Argentina de Roca o Videla, en la Alemania de Hitler, o en los Estados Unidos de la familia Bush. En cambio, la mayoría de la sociedad adopta un rol en apariencia menos participativo, más aséptico y asume, si se quiere, el rol de la complicidad fingiendo ignorar lo que acontece ante sus narices. Ese es el caldo en el que se instaura "el problema armenio", "el problema judío",

"el problema árabe" o "el problema palestino". Ningún grupo poblacional constituye un problema en sí mismo. Es decir, se los presenta como un "Otro problemático" al que se le sustituye la identidad convirtiéndolo en un estigma. El indio, al ser "un producto del Desierto" como lo presentó el teniente coronel Manuel Olascoaga, Secretario del Cuartel General de Roca, brota como un mal del Desierto. Esto se reflejará sin pausa en los textos escolares, incluso ya en el último cuarto del siglo XX. "El problema del indio también era herencia vieja" (Ortega 1970: 366). Un indígena no es un indígena, es un problema. De ese modo se transforma a los pueblos originarios en lo que no son. En lo que en realidad no existe. Se los problematiza como grupo. En todos los casos, la sociedad adopta y utiliza un imaginario impuesto que en primera instancia ausentifica una presencia que se considera una contrariedad irreductible, de esta forma se lo vacía de su propio y verdadero contenido y luego se lo hace depositario de todos los males y todas las culpas. Sin embargo, la metamorfosis no termina allí. Todavía hay un segundo movimiento del mismo proceso dialéctico cuando se lo presentifica como una ausencia, se lo viste de lo que no es como si fuera una absurda paradoja. Se los acusa de no ser los que son y en segunda instancia de ser lo que no son. Y no se trata de una simple ocurrencia semántica de mi parte, sino de la forma en que se construye un invisible, alguien que no es ni está. Como si fuese una paráfrasis inversa del axioma cartesiano, no soy lo que soy, sino lo que dicen que soy: por lo tanto no existo.

En ese sentido, el general Videla fue muy explícito cuando definió el status de los secuestrados-desaparecidos por los grupos de tareas de su Dictadura:

¿Qué es un desaparecido? En cuanto éste como tal, es una incógnita el desaparecido. Si reapareciera tendría un tratamiento X, y si la desaparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento tendría un tratamiento Z. Pero mientras sea desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial, es una incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está, ni muerto ni vivo, está desaparecido".
(Clarín 14/12/179)

Si alguien tiene oportunidad de ver el video de aquella entrevista, la frase del dictador está acompañada de un movimiento ascendente

de manos, e incluso levanta la vista por un instante, como mirando una especie de limbo donde habitan esa suerte de "eso", de "muertos vivos" que acaba de definir y que se encuentran tan próximos a lo ocurrido con los pueblos originarios. No en vano, cuando se cumple el centenario de la campaña, el general Jorge Videla viaja a Neuquén para presidir los actos de la Conquista del Desierto. La Dictadura y sus asociados se visten de gala para la gran fiesta. No resulta extraño que el Proceso iniciado en 1976 se sienta heredero y continuador de aquella "magna gesta de Roca". *Clarín* edita un suplemento conmemorativo de 50 páginas (un diario dentro de otro diario) Por su parte, *La Nación*, siempre más formal pero con la misma contundencia, participa gustosa del evento. Ambos medios siguen concienzudamente cada paso del teniente general Videla que dijo cosas como éstas:

En el ayer, luchamos unidos por las grandes causas de la nacionalidad. En el presente lo hacemos, además, por ideales que trascienden nuestras fronteras y se identifican plenamente, con los valores inmanentes de nuestra civilización. Luchamos incluso, a despecho de las incomprensiones y aun de las calumnias. (*Clarín* 12/06/1979: 3)

Con gran despliegue, aunque sin suplemento, *La Nación* titula: "Evócase a Roca a cien años de la gesta del Desierto (...) Hónrase a Roca a cien años de la gesta del desierto". (*La Nación* 11/06/1979: 1 y 7). El diario de los Mitre dirá al día siguiente que Videla hizo hincapié en la "unidad nacional". *Clarín*, por su parte, plantea claramente "la incomprensión" que el general padece en su tarea de cruzado y "las calumnias" de que es objeto su gobierno. Se queja de la insensibilidad de la sociedad ante el combate contra los in fieles y subversivos. Pero por sobre todo, resulta interesante la utilización del término "civilización" y el parangón que establece, de modo implícito, entre los que critican a Roca por el genocidio cometido contra indígenas y las calumnias de las que es objeto el gobierno de la dictadura por la desaparición forzada de personas. No en vano, en la página anterior, el título de la nota es elocuente "Reiteró el presidente que no hay presos políticos" (*Clarín* 12/06/1979: 2). Por su parte, en la entrevista que Videla le concede a *La Nación* asegura que "El país no conoce desde hace décadas una efectiva convivencia democrática"

(*La Nación* 12/06/1979). Los actos de la conmemoración de la Conquista del Desierto son una suerte de viaje por el túnel del tiempo con notas y títulos desopilantes como "Las tribus del Neuquén en la actualidad". La actualidad a la que alude no es la de 1879, sino la de 1979, y por otra parte ¿a qué tribus neuquinas se refiere? No pretendo que *Clarín* hable de Nación Mapuche, pero al menos en lugar de tribu podría decir grupo cultural o étnico. Sin embargo, el artículo del Suplemento que se lleva los laureles es escrito, naturalmente, por Félix Luna a página completa y titulado *Julio A. Roca: un afortunado político*. Mientras miles de ciudadanos ya habían desaparecido secuestrados por la Dictadura, comienza refiriéndose a Roca de la siguiente manera: "Por favor, no lo idealicemos". (*Suplemento Especial Clarín* 11/06/1979: 24). Luna se propone una misión paradójica: humanizar la figura del genocida. En lugar de ello, termina proyectando su propia idealización sobre Roca, idealización que hace extensiva al resto de la sociedad. No en vano años más tarde termina escribiendo un libro, cuyo título *Soy Roca*, podría resultar sugerente a cualquier estudiante de primer año de Psicología. En ese texto novelado, Luna de alguna manera se asume como el propio conquistador del Desierto. Él es el héroe. Conozco ciertamente, numerosos historiadores que siguen idealizando a Roca. Pero conozco otros que no sólo no lo idealizan, sino que están moviéndose a todo lo largo del país para reemplazar al menos los nombres de calles y plazas y trasladar monumentos que rinden homenaje a quien fuera no sólo asesino de indígenas, sino también de obreros, y un furibundo xenófobo como lo demuestra la Ley 4.144 sobre la cual, el Maestro Osvaldo Bayer se ocupó de llamarnos la atención tempranamente.

La impunidad absoluta obstruye una elaboración adecuada de lo sucedido. La complicidad se extiende en el tiempo y no es privativa de los generales que recibieron apoyo y justificación desde el *establishment* económico. La complicidad en la construcción de un imaginario proclive a la invisibilización de los indígenas, la encontramos todavía hoy en los textos de los especialistas. Me voy a referir al libro de José Cosmelli Ibáñez, editado en 1982 y que siguió utilizándose por lo menos hasta 1995, bien entrado el actual periodo democrático como libro de texto escolar. El apartado que se refiere a la campaña de Roca, ya empieza mal. Presenta el equívoco latiguillo "El problema indio". A partir del cuarto renglón

los estudiantes secundarios quedan precavidos sobre “la belicosa actitud de los salvajes” que, en realidad, lo único que hacían era defender su territorio. Después de plantear que los indígenas se encontraban confederados bajo las órdenes del “temible cacique Calfulcurá”, señala que Roca era partidario “de una acción ofensiva contra los salvajes para destruirlos en sus tolderías”. Para matizar un poco la cuestión, en un párrafo descolgado, pone de relieve que integraban la marcha “cuatro hombres de ciencia: Lorentz, Doering, Niederlein y Schulz” (Cosmelli Ibañez 1982: 151/155). Los apellidos alemanes siempre son una suerte de garantía científica y, en el caso de la expedición roquista, la cita sobre los sabios busca enmascarar su faz carnicera. El cuarteto alemán “se ocuparía de estudiar la flora y la fauna y la naturaleza del suelo”. “El problema indio” consta de cinco carillas, y a fin de ilustrarlo como se debe no podía faltar el óleo de Juan Manuel Blanes *La conquista del desierto*, la misma imagen victoriosa que luce el anverso de nuestros billetes de 100 pesos y del que nos ocuparemos al hablar del *rally* patagónico y las cautivas. Finaliza con un pequeño párrafo a modo de síntesis:

Mario Ibañez
La campaña de Roca contra los indígenas fue coronada por el éxito eliminando 4.000 indígenas y cayeron prisioneros varios caciques de importancia como Pincén, Catriel y Epumer. Sólo logró escapar Namuncurá que buscó refugio en Neuquén hasta rendirse en 1883. (Cosmelli Ibañez 1982: 155)

Pero todavía hay algo más grave que aquella frase que asocia “éxito” con “eliminación” de personas. Para que los estudiantes no tuviesen ninguna duda sobre la malignidad de los indígenas, a los que reiteradamente denomina “salvajes”, causantes de “pillaje y destrucción” y dedicados a “arrasar periódicamente diversas poblaciones” como si se tratase de un evento estacional, una nota al pie señala: “Se afirmó que entre 1820 y 1870 los indios habían robado 11 millones de bovinos, 2 millones de caballos, 2 millones de ovejas, matado 50.000 personas, destruido 3.000 casas y robado bienes por valor de 20 millones de pesos” (Cosmelli Ibañez 1982: 155). La nota no referencia su fuente, simplemente dice “se afirmó”. Nadie sabe quién afirma, en qué se basa, cómo se establece tal estadística, ni de dónde se obtienen los datos. Pienso que el Ministerio de Educación debería estar más atento a los textos que autoriza para formar

a los jóvenes estudiantes, o tal vez deberíamos pensar algo peor...

El hacha del verdugo nunca se detuvo, nunca tuvo paz y el maquillaje, tampoco. El genocidio perpetuo continúa en la actualidad con ilustres defensores como Jacques Ruffié, un importante teórico que enseña en universidades del Primer Mundo y afirma, por ejemplo, que lo sucedido en América fue “un genocidio sin premeditación” (Bernard y Gruzinski 1996: 227). Todos saben que un asesinato accidental frente a otro planificado, tiene una condena menor en cualquier Código Penal. Entonces: ¿qué pretende el académico francés? Ruffié deconstruye el desastre demográfico ocurrido en América con una liviandad increíble. Plantear que se trató de un genocidio sin premeditación, es casi admitir que se trató de matanzas ingenuas o hasta inocentes. Su deconstrucción parece hacer hincapié en la necesidad de disculpar a los asesinos que “aparentemente” no buscaron la matanza. Y si sucedió, será porque hubo “errores o excesos” tal como planteó la Ley de Autoamnistía del general Bignone en 1982. De la matanza sin premeditación del francés a lo que últimamente ha dado en llamarse “racismo a la inversa”, no hay más que un paso, sobre todo tras la asunción de Evo Morales en Bolivia a comienzos de 2006.

Para no ser tendencioso presentando una argumentación salvaje como la que podríamos encontrar en los medios informáticos de la Media Luna boliviana, en especial en Santa Cruz de la Sierra, voy a citar únicamente al culto y civilizado Mario Vargas Llosa. En un artículo aparecido en *La Nación* el 20 de enero de 2006 al que denomina *Asoma en la región un nuevo racismo: indios contra blancos*, se dedica a elaborar un brebaje al que condimenta con el primer ingrediente que le viene a mano. Con su notable capacidad literaria que lo consagró como uno de los mejores autores del realismo mágico latinoamericano, Vargas Llosa le adjudica a Morales un racismo desmesurado contra los blancos, “un racismo al revés”. Vivir alejado de Latinoamérica por décadas no le es obstáculo para brindar una radiografía biológica de Evo Morales a quien acusa hasta de no ser “un indio propiamente hablando”. Presenta como prueba concluyente de sus dichos que “basta escucharle su buen castellano”. Es decir, un indio de verdad, según Don Mario, no puede hablar bien el español. Probablemente imagina al indio como un ser que apenas emite sonidos guturales. Sin embargo, un renglón más abajo, contradice esa indianidad que le niega a Morales y lo transforma en un ser prehistó-

rico al calificarlo de "anacronismo viviente". ¿En qué quedamos? ¡No es indio, pero es un anacronismo con patas! Tengamos presente que Vargas Llosa dedicó su vida entera a realizar todo tipo de piruetas ideológicas. Fue un joven zurdito, luego un adulto renegado, le aseguraron que iba a ser presidente del Perú y terminó derrotado en las elecciones por un ignoto ingeniero japonés. Desde su confortable residencia londinense, olvida que en su momento fue el presentador del conjunto *Los Jaivas* que musicalizaron el poema *Alturas de Machu Pichu* de Pablo Neruda en la mítica ciudadela. Allí, parado frente a ese paisaje imponente, se dedicó a ensalzar las realizaciones del imperio Incaico. Años más tarde y luego de numerosas volteretas políticas, en la nota publicada en *La Nación* que lo cuenta como uno de sus columnistas habituales, explica a sus lectores que, con Morales, el racismo "cobra de pronto protagonismo y respetabilidad fomentado y bendecido por un sector irresponsable de la izquierda" a quien la asunción a la presidencia de Evo le permitió alcanzar increíbles niveles "orgásmicos". Sin dar mayores pruebas o explicaciones sobre tales eyaculaciones, afirma que con Morales, "la raza se vuelve un concepto ideológico". Resulta penosa la manera en que Vargas Llosa acepta el papel de vocero de los que siempre tuvieron el poder en el mundo andino y que no aceptan resignar ni siquiera un ápice de sus desmesuradas ganancias. Sin embargo, lo de racismo a la inversa prende en cierto imaginario social que percibe cada una de las conquistas y logros del gobierno de Morales como ataques escalonados contra los blancos en un simple movimiento de venganza.

En otro artículo, casualmente también reproducido por el diario *La Nación*, del viernes 25 de abril de 2008, Marcos Aguinis publica una extensa nota que denomina "Teatro del absurdo". En principio, muestra una profunda añoranza chovinista por retornar a la "obsesión de titanes como Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Roca". En su "Teatro del absurdo" que, pese a destilar una argentinidad que por momentos trae reminiscencias del "Ser Nacional" promocionado por la dictadura de Videla, Aguinis olvida que Sarmiento, un argentino nativo y notorio, desde su exilio chileno en noviembre de 1841 abogaba desde el diario *El Progreso* para que Chile ocupase la Patagonia al sur de Chiloé y en particular el Estrecho de Magallanes. Incluso, desde esas mismas páginas, pidió ser nombrado diputado por la provincia de Magallanes a la que "hemos favorecido tanto". Por otra parte, en el plano de los derechos

humanos, aún resuenan sus consignas "para lo único que sirve la sangre de un gaucho, es para abonar la tierra" y tantos otros exabruptos que comentaremos a lo largo de estas páginas.

Recordemos que durante la presidencia de Nicolás Avellaneda se privilegió el pago de la fraudulenta deuda externa nacional, "hasta sobre su hambre y sobre su sed" tal como anunció el presidente ante el Congreso en 1875. Lo único que importaba según el mandatario "es el honor del País frente al mundo".

Tampoco resulta extraño que en el diario de los Mitre, Aguinis elogie a Don Bartolomé, el mismo que viajó en calidad de observador en la flota anglo-francesa que forzó el paso en la Vuelta de Obligado. Mitre, el mismo que embarcó a la Argentina en la Guerra de la Triple Alianza, la guerra más absurda e impopular de nuestra historia que redujo a cenizas al Paraguay y masacró a su pueblo. Pero Aguinis, en su "Teatro del Absurdo", o deberíamos decir en su "Absurdo Teatro", muestra una profunda preferencia por el "plurifacético Julio Argentino Roca, tan lúcidamente pintado por Félix Luna en su libro *Soy Roca*". Consecuente con esto, Aguinis dice que el general:

(...) no fue un genocida (como se lo representa en el teatro del absurdo), sino el líder que terminó con los malones que impedían extender las fronteras del progreso y de la soberanía hasta los actuales límites nacionales. Consolidó a la Argentina como una respetada protagonista mundial. ¡Quisiéramos tener el prestigio que nos aureolaba en los tiempos de Roca!

Como demostraré más adelante, los indígenas que no fueron exterminados por la dupla Alsina-Roca y la Campaña al Desierto, terminaron arrojados en Buenos Aires, donde fueron "dados" como esclavos a las "buenas familias" a través de la Sociedad de Beneficencia. Otros terminaron en los cañaverales de Tucumán o en el presidio de Martín García. Recordemos también que durante el gobierno del "plurifacético" Roca se decretó la tristemente célebre ley 4.144, Ley de Residencia que expulsaba a los obreros extranjeros considerados perturbadores del orden público (por reclamar 8 horas de trabajo, por ejemplo), pero se dejaba aquí a su familia. Familia que no sólo quedaba desarticulada, sino también en la completa indigencia. Que un escritor con los recursos de Aguinis, que

cuenta entre sus obras con *La Cruz Invertida*, se vea obligado a recurrir a esta pléyade de espectros como Sarmiento, Avellaneda, Mitre o Roca, evidencia cómo un importante sector de nuestro país pretende seguir ignorando hoy a los que se invisibilizó ayer.

Ciertamente la invisibilidad a la que se arroja a los pueblos originarios no es patrimonio argentino, sino que parece sobrevolar ambas orillas del Río de la Plata. En un editorial publicado el domingo 19 de abril de 2009, por el diario *El País* de Montevideo, el ex presidente de Uruguay Julio María Sanguinetti se despacha a gusto contra quienes no pueden defenderse, porque han sido exterminados. Pese a ello, Sanguinetti, que cuando fue presidente no vaciló en acallar y congelar los reclamos de las organizaciones de los derechos humanos y de la sociedad en su conjunto e hizo lo imposible por evitar el enjuiciamiento de los torturadores y asesinos de la dictadura uruguaya, se dedica a atacar a lo que califica como "la involución del *charruismo*". Sanguinetti se complace en denostar a aquel pueblo originario que, como él mismo expresa, fue "barrido" del mapa Oriental y al que despectivamente califica de "tribu *charrúa*". Pero observemos más exhaustivamente otra de sus increíbles afirmaciones:

No hemos heredado de ese pueblo primitivo ni una palabra de su precario idioma, ni el nombre de un poblado o una región, ni aun un recuerdo benévolo de nuestros mayores, españoles, criollos, jesuitas o militares, que invariablemente les describieron como sus enemigos, en un choque que duró más de dos siglos y les enfrentó a la sociedad hispano-criolla que sacrificadamente intentaba asentar familias y modos de producción, para incorporarse a la civilización occidental a la que pertenecemos.

Resulta interesante su capacidad de consumado lingüista que puede advertir la precariedad de un idioma del cual no sobrevivió "ni una palabra". En fin... A simple vista advertimos coincidencias notables entre Vargas Llosa, Aguinís y Sanguinetti. Como si el párrafo anterior no fuese suficiente, el ex presidente finge bajar los decibeles, y con una inocencia propia de una Caperucita en un bosque repleto de lobos amigos, señala:

En nuestra vida republicana nadie quiso eliminar a los charrúas como personas, sino barrer su toldería, modo de vida incompa-

tible con la vida criolla, refugio de delincuentes, constante aliado del invasor portugués y del "bandeirante" traficante de esclavos, que procuraba allí la gente para secuestrar niños guaraníes o mujeres blancas y venderlas en Brasil.

¿No nos suena familiar la letra de este tango trágico? ¿No nos suena a la naturalización de la víctima transformada en victimario? Aquellos que fueron "barridos" y despojados de sus tierras son los ladrones, contrabandistas, delincuentes, esclavistas, secuestradores. La partitura resulta conocida.

Más adelante nos brinda una verdadera innovación conceptual cuando habla "del genocidio poco genocida", tal como califica a la campaña contra los *charrúas*. Extraño término en verdad, debería patentarlo como neologismo y completar el resto de la secuencia con frases como "más o menos genocida" y "mucho genocida". Más allá de la particularísima visión de alguien que llegó a la primera magistratura de un país, el racismo se encuentra tan naturalizado que cuesta percibirlo. Tantos años de pedagogía de la desmemoria y de amnesia colectiva inculcada por la escuela del *status quo*, tanta dictadura rioplatense, tanta impunidad, lleva a que la inversión de las pruebas terminen naturalizadas inculcando a las víctimas, aunque estén ya muertas.

Después de advertir hasta qué punto se continúa afrentando a un enorme segmento de la población, incluso mediante textos educativos actuales, conviene anticipar algunas definiciones. En particular sobre el significado de genocidio y qué entendemos sobre el mismo, o mejor dicho, qué pontifican los especialistas sobre los muertos que son acreedores a llevar tal etiqueta. Sin lugar a dudas, en el mejor de los casos, será acusado de imprecisión o de una utilización desmedida del término. Los exterminólogos son muy puristas al respecto.

2) Teorizando sobre la pira de cadáveres

¿A dónde iremos que muerte no haya?
Nezahualcoyotl, poeta nahuatl

No desconozco las implicancias conceptuales de lo que entraña un genocidio y que, por ejemplo, se utiliza para definir el caso del Holocausto Judío o Gitano perpetrado durante la II Guerra Mundial. En aquellos casos, se procuró la eliminación masiva de un pueblo mediante mecanismos estatales. La ciencia al servicio de la supresión de seres humanos procuró el mayor rendimiento al más bajo costo. La razón llevada al paroxismo. En este caso, indudablemente, le debemos dar la razón a Walter Benjamín cuando señala que todo documento de cultura es un documento de barbarie. Y el documento de barbarie es extenso. No sólo nos encontramos con los carceleros de la red de los campos entre los que sobresalieron Treblinka, Teresinstadt o Auschwitz, también están los ingenieros que diagramaron las prisiones, los convoyes ferroviarios que trasladaban a los "asociales", los calderistas que construyeron los hornos para desintegrar personas, los economistas y contadores que calcularon con toda meticulosidad el costo de la eliminación de cada individuo y, por supuesto, un dato que siempre se olvida, la siniestra complicidad de los Aliados que ni siquiera bombardearon las vías férreas para impedir el transporte del cargamento humano.

La Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio fechada el 9 de diciembre de 1948, en su Artículo II señala claramente lo que la ONU entiende sobre este tema:

En la presente Convención, se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial, o religioso, como tal:

(a) Matanza de miembros del grupo; (b) Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; (c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; (d) Medidas destina-

das a impedir los nacimientos en el seno del grupo; (e) Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo.

Los modernos cadaverólogos no toman en cuenta estos ítems. Un historiador con afán de corregirme señaló que las decenas de millones de indígenas que murieron en América no entran en la categoría de genocidio, porque la implementación de la muerte careció de la impresionante infraestructura Estatal que presenta el ejemplo alemán. Aquí, los conquistadores hispanos, lusitanos, holandeses o sajones, desconocieron esa prolija metodología. Aquí las matanzas fueron desordenadas, en general no ocurrieron en sitios preestablecidos sino que los cadáveres quedaron dispersos en multitud de acciones a lo largo del continente y en un lapso de varios siglos. Tal amplitud desorienta a los exterminólogos, que son gente muy prolija, capaz de identificar únicamente genocidios acotados en tiempo, forma y espacio.

Detengámonos en algunos casos recientes para no irnos tan atrás, al menos en estas primeras páginas. Por ejemplo, en lo ocurrido en Napalpí durante el invierno de 1924. Allí se mataron como escarmiento "apenas" unos 200 *gom* (tobas). Objetan que no fue un genocidio porque no se buscó eliminar a todos los *gom* del Chaco. Sólo se trató de una advertencia, apenas un escarmiento brutal. Los especialistas en el tema, los cadaverólogos, jamás elevarían 200 muertos a la categoría de genocidio. Para el caso formoseño de Rincón Bomba de 1947 podrían aducir y con razón, que no se intentó exterminar a toda la etnia *pilagá* y *wichi*, solamente se buscó disciplinar a garrotazos, mejor dicho a tiros, al enorme conglomerado humano que aquel 10 de octubre de 1947 se encontraba en Las Lomitas. Más de un teórico apegado a las fórmulas que emanan de sus *papers*, dirá que aquello tampoco fue un genocidio. De nada serviría decir que hoy en día existe un juicio entablado por la Federación Pilagá contra el Estado Nacional por delitos de lesa humanidad donde se menciona entre 500 y 1.200 indígenas asesinados. En la estadística de la muerte que establecen tales preciosismos técnico-semánticos, se ubican en una categoría menor. Napalpí y Rincón Bomba son apenas una matanza, una de las tantas masacres. Seguramente algún especialista en genocidios de esas ONG que nunca faltan, habrá elaborado un cuadrito con especificaciones de víctimas para genocidios, masacres, matanzas o asesinatos masivos que irá de mayor a menor, decreciendo siempre en base a los nú-

meros. ¿Cuál será peor? ¿Una matanza? ¿Una masacre? ¿Cómo hacen los tecnócratas de la muerte, los cadaverólogos, para elaborar semejante *ranking* mortuorio? ¿Cuántas víctimas se requieren para cada caso? ¿Cuántos muertos y asesinados de qué manera necesita América para ingresar en esta macabra estadística? ¿A qué se debe este sentimiento de inferioridad frente a lo numérico? Para el caso americano, esas disquisiciones se asemejan a los célebres debates bizantinos que se esforzaban en dilucidar temas tan acuciantes como cuántas miríadas de ángeles caben en la punta de un alfiler. Más atrás, hablamos de los campos de exterminio del régimen hitleriano. Hablamos de la complicidad de la razón, de los ingenieros que planificaron los campos, de los ferroviarios, de los químicos. El caso Americano fue y sigue siendo distinto. No tuvimos un lugar que aplicara la muerte en forma general, visible y prolija como *Auschwitz*. Aquí tuvimos las minas de Potosí donde al menos unos ocho millones de *mitayos* se quedaron para siempre en la oscuridad de los desprolijos socavones. Aquí tuvimos las selvas donde se dejaron pudrir los cuerpos o las corrientes de los ríos donde eran arrojados para un viaje sin retorno. Aquí tuvimos la invisibilidad del campo de concentración de la isla Martín García con su horno crematorio que comenzó a funcionar 29 años antes que su homólogo del cementerio de la Chacarita.

No sólo los pulcros exterminólogos se encuentran atrapados por la inferioridad del número, es decir, la necesidad de contar con gran cantidad de muertos para que el episodio se tome en cuenta. Recuerdo que en muchas conferencias sobre lo ocurrido con el Malón de la Paz, hubo gente del público que parecía decepcionarse de la ausencia de muertos durante la represión y secuestro del contingente kolla. Un buen número de muertos es siempre convincente para seducir al auditorio, es parte de un show mediático. En un mundo manejado por las cifras se requiere de guarismos abultados y se rinde pleitesía a las cantidades.

Lo sucedido en América y en el caso argentino en particular, no se atienen a los criterios de los especialistas que teorizan sobre la pira de cadáveres. Es hora de advertir hasta qué punto estamos en un Nuevo Mundo donde no funcionan necesariamente los mismos criterios y herramientas teóricas pensadas para otras latitudes, ni siquiera las fórmulas sobre la muerte masiva. Me pregunto ¿cuándo vamos a dejar de lado el vasallaje intelectual, esa pleitesía que rendimos a cuanta teoría nos llega

enlatada desde el Primer Mundo? Tendríamos que estar hartos de ver cómo se intenta trasladar mecánicamente todo tipo de conceptos contruidos para explicitar otras realidades. Aquí tenemos la pasmosa convicción de que las teorías producidas en los países centrales deben encajar en nuestro suelo a como dé lugar, es decir, yuxtaponiendo la realidad a patadas dentro del marco conceptual importado. Proviene del Primer Mundo, eso basta y sobra para hacerlas prestigiosas. La esclavitud no sólo de los cuerpos, sino también el sometimiento mental, se encuentra tan extendida en América, que en esa relación dialéctica de amos y esclavos, de dueños y desposeídos, también somos esclavos teóricos, estamos destinados a ser meros repetidores de las teorías europeas. Cuando Sarmiento nos ubica de una vez y para siempre en el mercado internacional con sus leyes de oferta y demanda, olvida un dato. Señala que "los españoles no somos ni navegantes ni industriales, y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos a cambio de nuestras materias primas, y ella y nosotros ganaremos en el cambio" (Sarmiento 1851: 228); pero olvida decir que también el Norte "nos proveerá por largos siglos" de sus marcos conceptuales que deberemos tragar crudos, sin posibilidad de cocinarlos de acuerdo a nuestra realidad como hizo por ejemplo un lúcido Mariátegui adecuando el marxismo a la realidad peruana.

Tomemos por ejemplo los conceptos que se utilizan para clasificar a la prehistoria o edad de piedra. Para el caso del Viejo Mundo, los arqueólogos elaboraron un marco evolutivo basado en el perfeccionamiento del instrumental lítico. Así, tenemos conceptos como paleolítico (vieja edad de piedra), mesolítico (una edad media) y neolítico (nueva edad de la piedra pulida). Cada una de estas tecnologías líticas habitó un horizonte temporal. Se supone que los grupos comenzaron a tallar núcleos líticos, en un principio de manera tosca, produciendo escasas muescas mediante las cuales conseguían un filo rudimentario. Con el correr de los milenios fueron perfeccionando su técnica hasta llegar a las puntas de flecha bifaciales, o sea, puntas talladas finamente de ambas caras. En el Viejo Mundo, ésta teoría concebida para el Viejo Mundo es aceptable más allá de las objeciones de la *New Archaeology*. En América hace agua donde se la aplique. A la llegada de las carabelas, en estas costas convivía todo tipo de grupos con una tremenda disparidad en cuanto a su cultura, su técnica y su organización sociocultural. Cuando se excava un sitio, el decape horizontal evidencia la convivencia de

grupos que, por la producción de sus artefactos líticos, podrían ser considerados paleolíticos junto con otros neolíticos. Los distintos horizontes tecnológicos coexisten. Incluso más de una vez se trata del mismo grupo que utiliza en distintas ocasiones elementos más o menos elaborados. La teoría enlatada aunque venga con la etiqueta de un autor prestigioso, cuando no explica no sirve. Nada se puede trasladar mecánicamente. Con el tema del genocidio ocurre lo mismo.

Los cultores de la precisión terminológica aducen que el desastre epidemiológico producido al inicio de la Conquista con enfermedades para las cuales los indígenas carecían de anticuerpos, tales como la gripe, sarampión o viruela que provocaron un descenso demográfico abrupto, no pueden ser catalogadas de genocidio. Mencionemos un par de datos. Por ejemplo, en 1630 México cuenta con apenas el 3% de la población que habitaba esta región en vísperas de la Conquista. Por su parte, el Perú de Atahualpa de 1533 con 9.000.000 de individuos, desciende a 1.300.000 para 1570. Son datos escalofriantes que no son suministrados por indigenistas mexicanos o peruanos, sino meticulosos demógrafos de las universidades de Berkeley y Los Angeles (Borah y Cook 1963: 100) y de California (Sauer 1984: 235, 304). Sin embargo, otros expertos, los puristas del exterminio, hacen a un lado tales guarismos, estos cadaverólogos señalan que no fue genocidio porque no hubo intencionalidad, no hubo un plan preconcebido para contaminar a los indígenas con cepas bacterianas. Simplemente ocurrió. Es más, algún iluminado creará una fórmula teórica insólita. Autores reconocidos como Bernard y Gruzinski no sólo citan a Ruffié y su "genocidio sin premeditación", sino que reflexionan al unísono: "¿por qué los conquistadores eliminarían su mano de obra?" (Bernard y Gruzinski 1996: 227). Por un lado, la eliminan porque la utilizan como un combustible biológico del que obtienen el máximo rendimiento en el mínimo tiempo posible. *The time is money* primero se pronunció en español. Los conquistadores pretenden "hacerse la América" y largarse cuanto antes. Ningún trabajador soporta el ritmo impuesto por las nuevas relaciones económicas de producción que junto con el plusvalor también extraen hasta la última gota de sangre del indígena utilizado en obras o minas. Se elimina mano de obra porque la suponen interminable. Además, la consideran floja, incapaz del precepto bíblico de ganar el pan con el sudor de la frente. No merecen la vida. Además, los que mueren son culpables hasta de morir. Reflexio-

nando sobre la viruela que padecen los *náhuatl* después de la caída de Tenochtitlán, el fraile franciscano Toribio Motolinía de Benavente en su *Historia de los indios de la Nueva España* señala "había que dejar actuar a la peste", si "los indios morían como chinchas a montones", es porque Dios la envía para castigar su herejía.

Ciertamente, lo que sucedió en este continente fue un Fin del Mundo, pero lo perpetraron seres de carne y hueso. ¿Acaso un Fin del Mundo, cometido directa o indirectamente por un grupo humano sobre otro, no constituye un genocidio? Veamos. Hubo matanzas preventivas que tenían como objetivo el escarmiento, con la detección y posterior eliminación de los referentes ideológico-políticos que pudieran comandar una eventual resistencia. Tanto en México como en el área andina fueron localizados los pintores de los códices detentores "de la tinta negra y roja de la sabiduría", y los *arnautas* y *quipucamayos* que guardaban la memoria. Todos ellos fueron quemados en Autos de Fe junto con sus libros y quipus. Algo similar al asesinato selectivo contra enemigos potenciales utilizado hoy en día desde aparatos estatales. También fueron eliminados los sacerdotes y el andamiaje religioso. Aún en la actualidad se continúa con la persecución de las últimas retaguardias simbólicas como sucede en el Chaco Gualamba y en el Chaco Boreal donde los grupos originarios arrinconados deben rendir su memoria a cambio de un modesto bolsón de alimentos de alguna misión evangelista. Con retaguardia simbólica me refiero al último resquicio de resistencia tras la derrota militar, una resistencia oculta a los ojos del poder. ¿Desde dónde se resiste? Desde lo mítico, desde la religiosidad primigenia, desde los ritos ancestrales, del cual las huacas andinas son un claro ejemplo. Aunque se mantiene oculta a los ojos, el poder intuye tal resistencia y busca suprimirla. Hoy continúan persiguiendo esa retaguardia simbólica, ese último lugar donde habita la memoria colectiva, la memoria social. Recordemos aquel Bando del corregidor Areche prohibiendo que los indios recordaran memorias. Tal es su afán que intenta espiar y castigar los recuerdos. Ordena el olvido. Busca suprimir el pasado. Elabora una verdadera tábula rasa.

En su libro *L'Allemagne et le génocide*, Billig diferencia tres formas de genocidio: por supresión de la capacidad de procrear, por la deportación y por el exterminio. Por supuesto concordamos. Pero si nos detenemos en todas estas cuestiones, advertimos que su fórmula está pen-

sada para la masacre europea de la II Guerra. El caso Americano incluye esos ítems, pero los excede por completo. Por ejemplo Billig no menciona que genocidio también es quitarle al otro las ganas de vivir. Como testimonian las crónicas, no sólo se destruyen las relaciones económicas de producción, sino que son sustituidas por una metodología violenta y un objetivo incomprensible que produce un reasentamiento forzado de la población. Tal sumatoria de variables conduce a la pérdida de la fuerza vital, a un deseo de no vivir que torna a los indígenas especialmente vulnerables frente a las enfermedades. Están agotados por el trabajo, agobiados mentalmente y ya no tienen amor por la vida. El mestizo Juan Bautista Pomar en *La Relación de Texcoco* habla de la "congoja y fatiga del espíritu, de verse quitar la libertad". Obviamente también carecen de placer. Las crónicas de Bartolomé de Las Casas para Mesoamérica, como la del indio Felipe Guamán Poma de Ayala para el área andina abundan sobre estos ejemplos abrumadores:

Por manera que no se juntaba el marido con la mujer, ni se veían en ocho ni en diez meses, ni en un año; y cuando al cabo deste tiempo se venían a juntar, venían de las hambres y trabajos tan cansados y tan deshechos, tan molidos y sin fuerzas, y ellas, que no estaban acá menos, que poco cuidado había de comunicarse maritalmente; desta manera cesó en ellos la generación. (Las Casas 1555: 13)

El genocidio también es la conquista y apropiación de los cuerpos de la mujer y la exclusión completa del cuerpo del hombre, que es suplantado por el cuerpo del amo.

Y cómo se perderá la tierra y quedará despoblado y solitario todo el reyno y quedará muy pobre el Rey. Por causa del dicho corregidor, padre, encomendero y demás españoles que roban a los indios sus haciendas y tierras y casas y sementeras y pastos y sus mujeres e hijas, por así casadas o doncellas, todos paren ya mestizos y cholos. Hay clérigos que tienen veinte hijos y no hay remedio... por donde no multiplica ni multiplicarán los indios de este reyno. (Guamán Poma 1613: 454)

En 1600 Pedro de Valencia, uno de los asesores del rey Felipe III, le aseguraba a su graciosa Majestad lo siguiente: "Entre los daños que la Nación puede padecer, el mayor es faltar la gente y el segundo, la labor, porque es irnos acabando" (Horne 1945: 106). Es lo mismo que va a plantear siglos después un profesor de la Universidad del Litoral durante el primer gobierno de Perón: "Un país con escasa población es un país pobre" (Galli Pujato 1950: 23). No es un gran descubrimiento, pero muchos lo olvidan. Y para que la población se desarrolle, ciertamente necesita de un ámbito donde asentarse, de un territorio. Simplemente mencionamos el complejo problema de la usurpación de tierras de las comunidades. En la *Recopilación de la Leyes de los Reinos de las Indias*, mandadas imprimir y publicar en 1680 en Madrid por Carlos II, en el Libro I del Título III señala lo siguiente "Que las Indias Occidentales estén siempre reunidas a la Corona de Castilla, y no se puedan enajenar". Dichas tierras la recibió la corona "Por donación de la Santa Sede Apostólica y otros justos y legítimos títulos, somos señor de las Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del mar Océano, descubiertas y por descubrir". En el Libro IV del Título XII, de la misma *Recopilación...* se advierte: "que no se den tierras en perjuicio de los indios (...) y que las dadas en su perjuicio se vuelvan a sus dueños". En esa legislación del siglo XVII se observa la absoluta incongruencia entre la ética y la economía, por un lado se respeta al indio y por otro se engrandece la Corona: "el español, en su obra de conquista y colonización, debía reducir a los indígenas pero respetando sus derechos, es decir, debía al propio tiempo respetar al indio y conquistarlo para extender sus propiedades" (Cárcamo 1925: 8). Se trata de leyes contradictorias que afirman y niegan a la vez, se trata de leyes esquizofrenógenas, que guardan las formas en el papel y olvidan la situación real del indio.

Extinción, despoblamiento, pobreza, usurpación de tierras. Pensemos cuáles son las respuestas posibles frente a una frustración o agresión de proporciones. Una primera respuesta es atacar al foco que origina la frustración; en otros casos, cuando no se puede eliminar al agresor ya que detenta un poder imposible de neutralizar, la agresión se internaliza y se transfiere a otro grupo. Se encuentra un chivo emisario, un otro peor que uno mismo al que despreciar. Sin embargo, existe una tercera posibilidad. Cuando la agresión es tan pavorosa, cuando de lo que se trata es de un verdadero Fin del Mundo, el grupo cae preso de la indefensión, de una anomia defensiva que le impide reaccionar. No existen ni siquiera normas

de autodefensa. La situación se torna imposible de elaborar y ya "no hay remedio" como dice Guamán Poma o "cesa la generación" como plantea Las Casas. No hay motivos por qué vivir.

En América se viene produciendo un genocidio permanente. Es completamente distinto del holocausto de la II Guerra Mundial. En nuestro suelo la matanza no comenzó con el advenimiento de Hitler para terminar cuando las tropas soviéticas liberaron a los prisioneros sobrevivientes de los campos de concentración. En el territorio Americano estamos hace 5 siglos con un genocidio que no cesa, un genocidio insomne que prosigue de día y de noche. Por eso en lugar del desacierto de Ruffié o la más prolija definición de Billig, proponemos la definición del brasilero Orlando Villas Bôas quien en 1971 señaló: "Genocidio no es solamente la matanza de indios con armas de fuego. Genocidio es también injusticia, colaborando con el objetivo de que los indios y sus culturas desaparezcan. No podemos en nombre del desarrollo, menospreciar al indio, robar su tierra y masacrarlo de ninguna manera".

Justamente, para nuestro caso, el genocidio tiene que ver con lo que plantea Villas Bôas. El caso americano no solamente se remite a la eliminación a tiros de un grupo étnico, sino a toda la inmensa y compleja estructura de exclusión y desarraigo que termina aniquilando individuos y culturas en aras de homogeneizar la nación. Otro pensador brasilero nos suministra datos significativos. Según Rodrigues Brandão, en 1900 había en Brasil 230 grupos étnicos. En 1986 se reducen a 143, "ello significa que en ese lapso, desaparecieron 87 grupos tribales, es decir desaparecieron personas, tribus, aldeas, modos de vida, lenguas, dialectos y culturas" (Rodrigues Brandão 1986: 22). Desaparecieron esperanzas y modos de soñarlas. Un genocidio que abarca una multiplicidad de aspectos y rostros. Algunos parecen no estar relacionados con el asesinato masivo, por ejemplo cuando se atenta contra el hábitat de una cultura. Es lo que ocurre con el desmonte de la yunga salteña en Argentina: cuando la lluvia cae sobre suelós sin la suficiente cobertura vegetal éstos son arrasados provocando aludes, como ocurrió en febrero de 2009 en Tartagal.

Ahora bien, genocidio también es mantener a los indígenas en la invisibilidad desde los mismos basamentos jurídico-políticos del Estado, construyendo un *status quo* de racismo que es más explícito de lo que muchos suponen.

3) Feos, sucios y malos. El pecado de nacer a destiempo

Los atributos en las dinastías indígenas son la fuerza, la criminalidad y la borrachera.

Estanislao Zeballos

El imaginario social, entre otras cosas, consiste en un sistema de significación heredado que, a su vez, una nueva generación reelabora, internaliza e institucionaliza sobre la realidad. Esa *imago mundi* es asumida como propia y se trasmite a la generación siguiente. Estas representaciones mentales de la sociedad constituyen un paradigma de un período histórico que le permite al grupo social pensar lo pensable al mismo tiempo que le impide incursionar en lo impensable, en aquello que la generalidad de la sociedad no puede sondear. Por supuesto, el paradigma o la temperatura social no es un *corpus* absolutamente compacto o uniforme, y por eso hablamos de generalidad. Por ejemplo, aun en lo más profundo de la trata de africanos existen voces y sectores que claman contra la esclavitud. Sectores que presionan y que en un principio permiten al paradigma dominante adecuarse y corregir las fisuras hasta que llega un momento, donde los ajustes son tantos, que el paradigma hace agua, se derrumba y cambia.

Cuando se produce el Descubrimiento de América, irrumpe un extraño universo que es necesario ubicar, reducir y transformar en algo conocido, es decir, se familiariza lo exótico tal como plantea Gruzinski. Por supuesto, dicha familiarización no siempre es fiel o acertada ni remite necesariamente a lo novedoso. En la mayoría de los casos deja de percibirse lo real y se suplanta la verdad por una construcción, por una imagen de ficción. Justamente de eso se trata lo que analizaremos a continuación: la ficción sustituyendo a lo real.

Nuestras primeras obras literarias o históricas, tendrán un innegable trasfondo político y por ello son un verdadero muestrario de calificativos que fueron construyendo a lo largo de todo el siglo XIX la imagen del indio ladrón, sanguinario y homicida. En principio debemos mencionar a Juan Cruz Varela con *El regreso de la expedición contra los indios bárbaros, mandada por el Coronel D. Federico Rauch* (1827) y a Esteban Echeverría con *La cautiva* (1837). Más tarde, Domingo Sarmiento prosigue la el-

boración de la imagen de los bárbaros y los civilizados que comienza con el *Facundo* (1851) y culmina con el menos citado, por las obvias razones que ya se desprenden de su título, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1882). En la elaboración del imaginario del indio saqueador y asesino, no podemos olvidar las dos partes del poema *Martín Fierro* (1872-1879) de José Hernández donde manifiesta su racismo contra el indio: "ha nacido indio ladrón / y como ladrón se muere". Fierro construye al indígena como un salvaje consumado, ontológico ya que: "hasta los nombres que tienen son de animales y fieras" (Hernández 1994: 69). Sin dudas Bartolomé Mitre, el mago Merlín que escribió nuestra historia de acuerdo a los intereses de sus amigos, no puede estar ausente como veremos en el capítulo siguiente.

Sin intención de agotar un tema tan extenso, y que abordamos al único efecto de mostrar su extensa hilación, digamos que el precursor será el unitario Juan Cruz Varela con su elegía dedicada al prusiano Rauch. En aquellos versos, el indígena aparece calificado de la siguiente manera:

(...) espanto del desierto, bárbaro indomable, estrago espantable, rencor antiguo inaplacable, horroroso torrente, bramido horrendo, huracán, salvaje feroz, sed de rapiña y matanza, caterva fiera, bárbaro atroz, feroz salvaje, salvajes inhumanos, raza carnícora, tigres feroces del desierto.

Se trata de una sucesión de calificativos que no dejan lugar a dudas sobre la malignidad animal del indígena. No muy distinta es la situación, una década más tarde, en *La Cautiva* donde Esteban Echeverría establece un patrón asociativo que se nutre de ideas similares y presenta la imagen del indio y sus actitudes como: "tribu errante, torbellino, brutos, formas desnudas de aspecto extraño y cruel, insensata turba, alarido, salvajes, bárbaro, inhumanos cuchillos, sedientos vampiros, abominables fieras, infernal alarido, parecen del infierno inmundada ralea, turba inhumana y fatal". Por supuesto, el caso de Echeverría es más grave que el de Varela, porque *La Cautiva* continúa siendo obligatoria para los estudiantes secundarios. Alguna vez, algún ministro de educación, deberá tener el valor de sacarlo de la currícula académica. No sólo por el racismo que destila, sino por la mediocridad del texto en sí. El tratamiento desopilante que le otorga al tema de la cautiva en sí,

lo dejamos para el capítulo "El rapto de Helena del Desierto".

En el *Facundo*, Sarmiento no se queda atrás. El desprecio que experimenta por lo indígena y que traslada gustosamente al gaucho y a la montonera, es visceral. Para quien fuera presidente casi durante la mitad de la guerra de exterminio llevada a cabo contra el Paraguay, los indios no tienen remedio: "las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces aun por medio de la compulsión para dedicarse a un trabajo duro y seguido" (Sarmiento 1851: 29). Por supuesto, esas construcciones son confrontadas con su ideal humano: "el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostenta por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada" (Sarmiento 1851: 34). Su extranjerofilia es tan acentuada, que ni siquiera siente simpatía por la Revolución de Mayo. Señala que en 1810 en Argentina existían "dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas: la una española, europea, culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena" (Sarmiento 1851: 57). Para el ilustre sanjuanino, "el más grande entre los grandes" como reza el himno en su honor, más allá de contraponer al general José María Paz con Facundo Quiroga, considera que Rosas y Rivadavia son los dos extremos de la República Argentina, que se liga a los salvajes por la pampa y a la Europa por el Plata. Señala que la montonera presenta "una barbarie casi indígena... de ferocidad brutal y un espíritu terrorista" (Sarmiento 1851: 62). Todo lo americano le disgusta. Incluso hasta los animales autóctonos son objeto de su desprecio como cuando habla del "miserable gato llamado puma, que huye a la vista de los perros" (Sarmiento 1851: 37). Su desprecio por la zoología nativa nos retrotrae a aquellas teorías de Corneille de Pauw, quien en el último tercio del siglo XVIII planteó "la impotencia de la naturaleza americana" a la que consideraba "corrompida, débil, degradada" y sostenía "la inferioridad telúrica" de América y lo americano.

Por supuesto, no sólo los indios serán sucios, feos y malos, sino también sus modos de vida y hasta sus toldos a los que Estanislao Zeballos califica de "inmundos y grasientos". En el libro del militar británico William Mac Cann *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, editado en Londres en 1852, al referirse a los usos y costumbres de los indios pampas, este viajero abunda en párrafos tremendos sobre los toldos indígenas:

El aspecto exterior de los toldos es feísimo y el interior sucio y repugnante... En suma, viven un género de vida abominable... Es feísima la perspectiva que presentan estas habitaciones, y su interior no es otra cosa que una cloaca inmundada, teniendo, muchas veces que he pasado cerca de ellas, que llevar un pañuelo a la nariz. (Citado en Martínez Estrada 1948: 470)

Un siglo después, Manuel Gálvez en su increíble *El Santito de la Toldería*, se despacha con algo muy parecido:

Eran sucios y malolientes los toldos. En cada uno vivían diez o doce indios: toda la familia. También dormía algún perro. Aparte del olor a potro del indio, que es fuertísimo, agréguese que no se lavaban, excepto en verano, época en que se bañaban en los ríos y arroyos, y que seguramente los niños, por lo menos, no salían del toldo para hacer ciertas cosas. Además, dentro de los toldos, sobre todo al regreso de un malón, se emborrachaban y luego echaban fuera lo que habían comido. (Gálvez 1947: 18)

En medio de ese panorama, es casi obvio el destino de los indígenas. Los indios sobran. Arrastran una culpa atroz, una cruz imposible de cargar. No sólo son sucios, feos y malos, sino que también nacieron a destiempo. Su temporalidad ya no cuaja con la razón, la técnica y el progreso de la segunda mitad del siglo XIX. Son obsoletos, cargan con la culpa de nacer a deshora. Desde Europa, pensadores de la talla de Hegel aceptan de buen grado la inmadurez de nuestro continente. En la Introducción de *Las Prelecciones de Filosofía* lo plantea claramente: "América ha estado separada del campo en el que hasta hoy se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora ha sucedido en ella es sólo eco del Viejo Mundo, expresión de formas de vida que le son extrañas". No en vano las etapas de la "Historia de la Humanidad" están diseñadas desde una perspectiva absolutamente eurocéntricas.

Los viejos marxistas, al igual que los liberales, no toman en cuenta al Nuevo Mundo. Los primeros, consideran a personajes como Rivadavia o Roca seres paradigmáticos como aceleradores del capitalismo, único modo del advenimiento del proletariado que terminará sepultándolo; y los segundos, siguen convencidos de que estos personajes fueron

los esclarecidos impulsores de la mano invisible del mercado en medio de una barbarie anacrónica. Pensadores como Carlos Mariátegui y sus *Siete Ensayos...* donde intenta reelaborar una teoría como el marxismo incorporando al sujeto indígena, son realmente excepcionales. Nuestros máximos teóricos del andamiaje nacional, como Alberdi, sostienen que los indios sobran y naturalizan esta certeza como una doctrina: "todo en la civilización de nuestro suelo es europeo". No queda ni un mínimo resquicio por donde pueda asomar el hálito originario de nuestra tierra:

Ya la América está conquistada, es Europea (...) La guerra de conquista supone civilizaciones rivales, Estados opuestos —el Salvaje y el Europeo— este antagonismo no existe; el Salvaje está vencido, en América no tiene dominio ni señoría. Nosotros europeos de raza y de civilización, somos los dueños de la América. (Alberdi 1852: 63)

Juan Bautista Alberdi habla de "dueños". Esa imagen lleva implícita otra, la de aquéllos que son los desposeídos, los que no tienen dominio ni señorío. La de los parias, la que presupone el axioma aristotélico acerca que "mandar y obedecer no solo son cosas necesarias, sino también convenientes, y ya desde el nacimiento algunos están destinados a obedecer y otros a mandar" (Aristóteles 2004, Libro I: 56). Unos nacieron para ser amos y otros nacieron para ser esclavos. Aristóteles piensa en términos de jerarquía. Nacieron para no ser. Nacieron para ser un manchón borroneado como lo da a entender Sarmiento citando a Juan de Ulloa, un autor al que recurre reiteradamente por considerarlo una eminencia en el tema racial: "visto un indio de cualquier región, puede decirse que se han visto todos" (Sarmiento 1882: 37). En realidad Ulloa, un adalid del segregacionismo racial, no se esfuerza gran cosa con su definición, pero a Sarmiento le resulta un hallazgo convincente. Los indios carecen de rostros distintivos e individualidad, son todos iguales, visto uno, vistos todos. Nacieron para ser invisibles, nacieron a destiempo. Evidentemente para el *establishment*, los pueblos originarios son gente irreductible que, vistos en el siglo XIX, cuatro siglos después del Descubrimiento, aun no comprendían las nuevas relaciones económicas de producción, no entendían la expansión capitalista, ignoraban el axioma *the time is money* y es más, se empeñaban en resistir a las bancas de Londres y París que

dictaban las leyes de la civilización, es decir del mercado. Los indios se habían quedado en la prehistoria. Venían del pasado. Eran anacrónicos. Eran el pasado de la humanidad. Desde distintos ámbitos, académicos, militares, eclesiásticos, filosóficos y empresariales, se extiende la certeza de que los indios sobran. Se trata de un axioma que es compartido por todos. Por todos los que no son indios, claro, incluso por los que recién tocan nuestras playas.

Hoy y ayer, todo viajero arriba con el prestigio del sitio de origen y el camino recorrido, y en nuestro medio si ese viajero es europeo su prestigio se acrecienta, pero si es francés, alto, rubio, ingeniero, periodista y de carácter aventurero, su aureola brilla sin que tenga que esforzarse demasiado. Algo así sucedió en 1870 cuando desembarca en el puerto de Buenos Aires, el ingeniero Alfred Ébélot. Tiene 33 años y pronto se hace de contactos importantes en el reducido mundillo de la elite porteña. En una cena se lo presentan al Dr. Adolfo Alsina, ministro de Guerra y Marina. A poco de escucharlo, el ministro queda convencido de que ha dado con el hombre que necesita para trazar su límite frente a la barbarie. Ciertamente Ébélot es la persona indicada para construir la Zanja que Alsina tiene en mente para separar a unos de otros.

Un sentimiento muy particular es el que se apodera de un francés de nuestro siglo, de este siglo crítico, razonador y ligeramente pedante, cuando se halla en presencia de auténticos salvajes y los sorprende en flagrante delito de salvajismo, en todo el ardor de la matanza, el robo y la devastación. Es un sentimiento de horror sin duda, o más bien de repugnancia, pues la bestialidad primitiva vista de cerca es de prosaica fealdad. (Ébélot 1880: 25)

Es evidente la construcción de los dos sujetos que habitan el discurso de Alfred Ébélot. Por un lado, tenemos al francés posicionado del lado de la razón, correctamente ubicado en la temporalidad del siglo XIX, y por el otro, a los auténticos salvajes a quienes, para colmo, sorprende en el delito flagrante de salvajismo, perpetrando matanzas y devastaciones. Ciertamente al francés, claro exponente del siglo XIX, le repugna esa bestialidad que no sólo es primitiva, sino también fea. Pero tal vez, el mayor pecado de los indios no consista en su fealdad, sino en haber nacido a destiempo. "De esos salvajes brutales y feroces, de esas razas degeneradas

como se las llama ¿no será mejor decir que su mayor culpa consiste menos en ser salvajes que en ser anacrónicos?" (Ébélot 1880: 25). Casi un siglo después que el diseñador de la Zanja de Alsina escribiera estas líneas, en un libro de texto argentino, la construcción del estado de atraso en que se encontraban los indígenas es incuestionable: "El indio navegaba en canoas hechas de troncos. La llama era su bestia de carga. Cazaba ñandúes y guanacos con boleadoras. Conoció el caballo cuando Pedro de Mendoza lo trajo en sus naves" (Fernández Godard 1962: 95). Eso es todo lo que aparece consignado sobre los pueblos originarios y es todo lo que los estudiantes necesitan conocer. Por su parte, en el suplemento especial que *Clarín* edita para celebrar el centenario de la Conquista del Desierto, una nota firmada por Carlos Florit dice: "el dominio del desierto que los indios ejercían significaba el mantenimiento de una forma primitiva de producción" (*Suplemento Especial Clarín* 11/06/1979: 2). El indio atrasa. Frente a esos seres anacrónicos que mantienen una forma primitiva de producción, se estrellaba la rutilante revolución industrial que a esa altura en Inglaterra había aprobado duras legislaciones especiales para emplear niños en las minas de carbón, ya que por los estrechos socavones británicos sólo podían pasar cuerpos pequeños, cuerpos de niños. ¿Eso es una forma superior de producción? Evidentemente para los iluminados del siglo XIX, ésa es la idea de la civilización y progreso. Por supuesto, en este muestrario no puede estar ausente Sarmiento, quien en las conclusiones de *Conflictos y armonías de las razas en América*, se queja del mestizaje donde "están mezcladas en nuestro ser como nación, razas indígenas, primitivas, prehistóricas". En el mismo sentido se expresa el Informe Oficial de la Comisión Científica que acompañó a Roca en su *rally* Patagónico:

La superioridad intelectual, la actividad y la ilustración, que ensanchan los horizontes del porvenir y hacen brotar nuevas fuentes de producción para la humanidad, son los mejores títulos para el dominio de las tierras nuevas. Precisamente al amparo de estos principios, se han quitado éstas a la raza estéril que las ocupaba. (IOCC 1881)

El término estéril que utiliza el dictamen de la Comisión Científica lo debemos entender dentro de un contexto productivo, se refiere a que los originarios eran estériles económicamente, ocupaban las tierras

sin extraerles la rentabilidad que percibían las bancas europeas. De hecho, en la carta topográfica *De la Pampa y de la Línea de Defensa contra los Indios* que levanta el ingeniero Melchert previa a la construcción de la Zanja de Alsina, al territorio en manos de “los bárbaros” lo denomina alternativamente “campos no explorados” o “campos estériles”. Los indígenas estaban muy lejos de comprender el movimiento de un siglo que había encumbrado a la máquina de vapor.

El aborígen por regla general es invisible y cuando aparece, es para hacerlo en un estado de animalidad. Todo su accionar está orientado en ese sentido: “los salvajes que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambres de hienas sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones” (Sarmiento 1851: 24). También el pensamiento de Adolfo Alsina es bastante convencional. Parte, como casi todos sus contemporáneos, del indio ladrón, y ésa es la piedra basal de su famosa Zanja. Explica que “el indio invade para poder regresar con lo que robó” (Alsina 1877: 67). Eso es todo. Estanislao Zeballos lo supera: “los indios viven del robo y hacen la guerra al cristiano con crueldad y odio implacables” (Zeballos 1879: 249). Y en su *Viaje al País de los araucanos*, asegura que estos “arrebatan un nombre a la naturaleza y lo aplican a su familia”. No toman un nombre de la naturaleza, como su esencia es el latrocinio, se lo “arrebatan”. Cuando el coronel Villegas captura al bravo Pincén, sobre quien se tejían mil y una historias, en la prensa aparecen notas como ésta:

Casi todo el mundo afirma que [Pincén] no era ni cacique ni jefe de tribu, sino un jefe de bandidos, que su gente era una reunión de aventureros escapados de los presidios, desertores, asesinos, ladrones, indios escapados de sus tribus para evitar la muerte, cristianos y europeos perdidos, borrados por siempre del registro de la gente. (*El Mosquito* 17/11/1878)

Un siglo después, el profesor de la Escuela Superior de Guerra Juan Carlos Walther repite la esencia del párrafo anterior: “no se podía fiar de la sinceridad del indio, su odio racial heredado desde siglos anteriores lo volvía salvaje y menos predispuesto a aceptar las ventajas de la vida civilizada que le ofrecía el cristiano” (Walther 1970: 353). Incluso, casi al final de su extenso texto *La Conquista del desierto*, Walther tiene un

capítulo llamado “Actividades delictuosas de los salvajes después del año 1879”. La historia escrita por los vencedores considera “actividades delictuosas” a los últimos atisbos de resistencia. El único estímulo que parece impulsar a los caciques es “su afán de robo”, tal como consta en el libro de historia del coronel Alfredo Serres Güiraldes, otro profesor del mismo ámbito militar.

A la espada le sigue la cobertura de la cruz. El salesiano Milanesio, evangelizador itinerante que anda capturando almas de prisioneros, escribe en diciembre de 1881: “los indios, como en general todos los salvajes, están dominados por dos vicios: el robo y el ocio” (Beiza 1981: 89). Por ejemplo, el franciscano Marcos Donati, cabeza de las misiones de Río IV, cuando Mansilla realiza su mentada *Excursión a los indios Ranqueles*, asegura que los indios “son perezosos y mucho más, para venir a la explicación de la doctrina” (Fariás 1993: 68). Como vemos, la cruz acuerda con la espada. Un siglo después, en un libro de historia argentina, Exequiel Ortega, al tratar la desintegración de las misiones jesuíticas, dice que “por su poca madurez, el indígena no mantuvo los hábitos de trabajo y disciplina inculcados” (Ortega 1970: 50). Otro que integra este breve muestrario es Augusto Cortázar quien describe al indio como “raptor, lujurioso, inhumano y borracho” (Cortázar 1956: 213).

Por su parte, el frenesí racista de Sarmiento no tiene límites, lo hace olvidar en una página lo que escribe en la anterior y no advierte las contradicciones que plantea en sus citas, por ejemplo menciona a Depons cuando dice “El indio se distingue de la manera más singular por una naturaleza apática e indiferente (...) su corazón no late ni ante el placer, ni ante la esperanza, sólo es accesible al miedo” (Sarmiento 1882: 35). Olvidando la construcción de ese ser indiferente que acaba de plasmar, más adelante lo acusa de que “el sensualismo y el alcohol les absorben todo el tiempo” (Sarmiento 1882: 50). ¿Es apático o es sensual? Lo único que queda claro es que el indio es culpable de todo y además sobra. No tiene lugar bajo el sol, es invisible. Todas las voces concuerdan con este veredicto. La sensibilidad del indígena no tiene cabida para los hombres y sí para las bestias: “Tienen lástima de dar muerte a una vaca, a pesar de no tenerla para los cristianos; y son capaces de llorar si alguien, con más poder que ellos, danles muerte. ¡Qué extraño es esto! Tener lástima a un animal, llorar por él y no hacer ni la mitad por un semejante” (*El Siglo* 04/12/1878).

En 1864 se edita un folleto sobre la nueva línea de frontera a

construir sobre el Río Negro que comienza con el siguiente prólogo:

¡Los Indios!

Espectro aterrador y tremendo para las poblaciones de nuestra populosa campaña. Fantasma sangriento, que, cual buitre insaciable, parece ceñirse tenaz y fatídica alrededor de nuestras fronteras. Plaga voraz, que riega la ruta de su veloz carrera con la sangre y riqueza de nuestros paisanos. ¡Los Indios! Enemigo constante de la civilización, la tranquilidad, riqueza y adelanto de nuestros pueblos. (Raone 1969: 583)

También para Olascoaga, secretario de Roca durante su campaña al sur, el indio "es un producto del desierto". ¿Pero qué tipo de producto? Es una suerte de plaga. Y todos sabemos que a las plagas se las combate y extirpa mediante una limpieza a fondo. Esa idea se abre camino en el imaginario y va a derramarse en infinidad de textos escolares que ya mencionamos en *Los indios invisibles...* y a los que podemos agregar "Los indios son una suerte de plaga que pulula" (Ibáñez Frocham s/f: 29). Otro libro de lectura, destinado a los alumnos de 4º grado y editado en 1923 llamado *Nuestra Pampa* de W. Jaime Molins, reiteradamente utiliza los calificativos de "bandidaje desalmado", "plaga de los indios", "señorío salvaje", sugiriendo finalmente la necesidad "de limpiar de indios las pampas" (Molins 1923: 16, 26, 27 y 23). En este compendio no podía estar ausente una publicación infantil emblemática como *Billiken*. En el centenario de la Conquista al Desierto, señaló que "el indio devastaba en minutos los poblados y haciendas" (*Billiken* 09/10/1979: 10). Es como una suerte de manga de langostas que todo lo devora y destruye en cuestión de minutos. El vendaval de descalificación es permanente y va y viene en el tiempo. Citando a un sacerdote al regreso de un viaje a una toldería, Domingo Sarmiento señala que "tan sin cura era la enfermedad [de los indios] que sería buena obra extirparlos" (Sarmiento 1882: 51). Casi finalizando el siglo XX se mantiene intacta la misma visión. Refiriéndose a la campaña de Roca, Alfredo Terzaga sostiene que: "El Ejército practicó la drástica cirugía de intervenir la llaga y borrar su cicatriz del cuerpo nacional. Con ello eliminó una lacra secular" (Terzaga 1976: 156). Incluso la historieta *Patoruzito* muestra en uno de los cuadros un rancho miserable con un par de pobladores sentados a la puerta. El

texto dice: "¿Traen DDT? No se ríen; sería útil llevarlo encima cuando uno entra en un rancho coya, abundan los parásitos" (*Patoruzito* 1958: 4). Evidentemente, los indígenas no logran desprenderse de la siniestra imagen que depositaron sobre ellos de "consumado salvajismo propio de su grado de incivilización" (Walther 1970: 55).

Los autores de ayer y hoy insisten en tratar "el problema indio" y desbordan de calificativos despectivos. El sitio en el que habitan los salvajes se denomina reiteradamente como "nido", "madriguera", "guarida". Se busca asociar en todo momento a los pueblos originarios con la animalidad. Jamás se plantea que paulatinamente se los ha ido arrinconando y se ha estrechado su espacio vital, los textos los califican una y otra vez como "piratas terrestres" que cometen "tropelías y rapiñas". Vale recordar que "pirata terrestre" será una de las imágenes predilectas de Roca quien la utilizará en la Proclama del Carhué, en arengas a las tropas y en alocuciones al Congreso de la Nación. Zeballos, el publicista de su Campaña al Desierto no cesa de calificarlos como "hordas de ladrones corrompidos en infernales borracheras, sin más hábitos de trabajo y de milicia que los del vandalaje" (Zeballos 1878: 250). Increíblemente se llega a comparar a los indios hasta con los insectos, tal como Mauricio Birabent lo propone en un escueto libelo donde narra los orígenes del pueblo de Chivilcoy. Allí dice: "El indio antes de la llegada de los blancos andaba a pie. Inferiormente dotado por la naturaleza, se arrastraba como un gusano" (Birabent 1938: 27). Y los discursos coinciden en afirmar que el indio tiene astucia, que no es lo mismo que la inteligencia; el indio tiene astucia como un animal. No realiza acciones en conjunto con el resto de su grupo, sino que anda en horda, como una manada. El indio no camina ni se desplaza, el indio pulula, perpetra correrías. No tiene palabra sino alaridos, chillidos o "aullidos como perros" (Zeballos 1878: 63). Su emparentamiento con el mundo animal es total, por eso reiteradamente se oponen sus instintos frente a los hábitos o conductas civilizadas. El libro *El indio del desierto* se refiere a Calfulcurá al que describe "gesticulando" con su boca de bagre" (Schoo 1930: 85). Cabe acotar que su autor, Dionisio Schoo Lastra era uno de esos hacendados con residencia en París, que se dedicaba al polo y que había sido secretario privado de Roca. Algo parecido dice el perito Francisco Moreno en la carta que le escribe a su padre en octubre de 1875 contando sus impresiones sobre los mapuches. Le explica a su "Querido

Viejo" sobre "la cantidad enorme de capitanejos sapos, porque se parecen más a estos animales que a hombres" (Moreno 1997: 79). Y ya que mencionamos a Zeballos y a Moreno no podemos dejar afuera a Sarmiento. En *El Facundo*, ese manual de intolerancia, al confrontar al criollo con el extranjero, llega a equiparar al gaucho con un animal. Señala como ejemplo que si un gaucho va en busca del médico:

(...) y se le atraviesa un avestruz por su paso, echará a correr detrás de él, olvidando la fortuna que le ofrecéis, la esposa o la madre moribunda; y no es él solo el que está dominado por este instinto; el caballo mismo relincha, sacude la cabeza y tasca el freno de impaciencia por volar detrás del avestruz. (Sarmiento 1851: 204)

Mientras en los muelles porteños se produce "el reparto de indios" capturados en la Patagonia, el diario católico y vocero del arzobispo de Buenos Aires, León Federico Aneiros, debajo de un disfraz de corderito dice: "Parécenos verdaderamente cruel separar a las madres de los hijos, porque esto importa quebrantar las leyes de la naturaleza, que ejercen su influjo hasta en los seres irracionales" (*La América del Sur* 29/11/1878). Los indios siempre están ligados a la naturaleza y la irracionalidad. Como no podía ser de otra manera, Mario Vargas Llosa se suma al coro de los que equiparan a los indígenas con imágenes del mundo animal, con un roedor para ser excato. En un artículo periodístico califica a Evo Morales como alguien "vivo como una ardilla, trepador y latero y con una vasta experiencia en manipular hombres y mujeres" (*La Nación* 20/01/2006). Se trata de una constante que emerge permanentemente de un imaginario social que siempre estuvo en el poder. Del mismo modo se realza su estrecho vínculo con la naturaleza frente al raciocinio del habitante de la ciudad.

Al interrumpirse la construcción de la Zanja de Alsina, el ingeniero Ébélot acompaña a Roca en su expedición al sur. A fines de 1879 además de su paga, recibe un regalo adicional, aunque bastante habitual en aquel entonces. El "generoso" Ministro de Guerra, como muestra de su aprecio, le envía dos "indiecitos para su uso". Es muy ilustrativo el comentario que el francés deja sobre este particular obsequio. Sobre el muchachito de unos 4 años comenta que:

(...) su fealdad es simpática (...) comprende a media palabra, tiene la vivacidad de un mono y los mimos de un perrito. Después de desgañitarse en chillidos cuando fue separado de su abominable dama de compañía [se refiere a la abuela], lo cual es señal de buen corazón, levantó hacia mí sus ojos ya confiados ante la primera migaja de pan que le presenté. (Ébélot 1880: 182/183)

El párrafo presenta toda la parafernalia del imaginario racista que se desploma sobre el indiecito feo con características simiescas y perrunas. A la abuela, de quien lo arrancan entre llantos y súplicas, que el civilizado ingeniero denomina chillidos, y que probablemente era el último eslabón de una familia a la que el niño jamás volvería a ver, la cataloga de "abominable". Como vemos, las huellas de la ignominia están presentes en infinidad de documentos, muchos de ellos producidos por los mismos que participaron de los delitos. Uno de los periodistas que acompaña a Roca a su *rally* patagónico, al observar a las jóvenes esposas del cacique Manuel Grande, señala con asombro: "no son tan feas como la generalidad de las indias que he visto" (Lupo 1938: 56). De acuerdo a Remigio Lupo, la fealdad es inherente a la generalidad de las indias. Incluso, en este caso, al referirse a las esposas del cacique, no se atreve a decir que son lindas, aclara: "no son tan feas".

Y por favor, no caigamos en el facilismo idiota que exonera estos comportamientos atribuyéndoselo al pensamiento de la época. No olvidemos que en Argentina la esclavitud fue abolida por la Asamblea del Año XIII mientras que el gran país del norte, lo concreta recién en 1862 con Lincoln, a quien le costó una guerra civil de tres años y su propia vida. En momentos en que Roca obsequiaba niños prisioneros, hasta los ingleses ponían trabas al tráfico de esclavos.

Indudablemente, para el *establishment*, el indio es un ente feo, sucio y malo y, para colmo de males, alguien nacido a destiempo. De esa posición a la invisibilidad no hay más que un paso.

La estrategia de la desmemoria se alegra de la ausencia del indígena que en realidad no es ausencia sino invisibilidad: "Esto que parece un sueño hoy en que al indio sólo lo vemos en las comparsas, fue sin embargo una pesadilla" (Ibáñez Frocham s/f: 30). El día en que Roca llega a la orilla del Río Negro, el diario *La Prensa* señala que los indios

“no han desaparecido del todo, a pesar de que están acosados por todas partes” (*La Prensa* 25/05/1879). La imagen “de no haber desaparecido del todo” creada por el periódico es tan confusa como sugerente. El indio es ausencia, y cuando lo hacen aparecer como por arte de magia, resulta que nos encontramos con un indio de comparsa, con un indio disfrazado, un indio objeto de burla y escarnio. La satisfacción que provoca la ausencia es tan descomunal, que incluso la región pampa-patagonia parece emerger a la historia recién en momentos en que Roca construye el Desierto, por eso no es extraño toparnos con frases como la siguiente: “La pampa es el único de nuestros territorios del que puede decirse que no ha tenido adolescencia. Y de este espécimen de colonización es posible que no pueda jactarse ninguna nación de la tierra. No sólo no hay indios ¡No hay gauchos!” (Molins 1923: 28).

La alegría por su extinción es contagiosa y produce un gran coro de voces. Por ejemplo, Carlos Octavio Bunge se felicita porque “el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis -¡benditos sean!- habían diezmando a la población indígena y africana” (Ingenieros 1913: 81). En el mismo sentido, Sarmiento, citando a Juan de Ulloa, señala que los indios disminuyen en todas partes debido a “los estragos formidables que hacen las viruelas, bien por el uso de bebidas fuertes” (Sarmiento 1882: 37). Un poco antes, en una nota reproducida por la prensa que se titula “La cruz o el sable”, el Gobernador de los Territorios del Chaco expone ante el flamante Ministro de Guerra una opción simple: “Hay también que pensar señor Ministro, en reducir o exterminar a los indígenas del Chaco, pues mientras esto no se haga, la colonización estará constantemente expuesta a sus depredaciones” (*La América del Sur* 20/02/1879). Reducir o exterminar, dos caras de la misma moneda. Hasta un pensador como José Ingenieros que es considerado por algunos como “progresista”, afirma con total indiferencia que el país está “libre ya o poco menos, de razas inferiores” (Ingenieros 1913: 50). Por otra parte, su racismo ya se había manifestado tempranamente en sus *Crónicas de viaje* de 1905, aspecto del que ya nos ocupamos oportunamente en *Los indios Invisibles...* y del que extraigo apenas una sola frase: “cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente”.

Las voces de expertos sociales, políticos variopintos y pedagogos de toda laya se suman una tras otra como la de Ernestina López de Nel-

son que en su texto *Nuestra Tierra*, editado en la década del 1910, casi no toma en cuenta “el problema indígena” dado que “quedan ya muy pocos, apenas unos cuantos centenares”. En 1913 en la Cámara de Senadores, Joaquín V. González se congratuló ante una realidad que consideraba definitiva ya que “las razas inferiores, felizmente, han sido excluidas de nuestro conjunto orgánico; por una razón o por otra, nosotros no tenemos indios en una cantidad apreciable”. Es notable la liviandad del senador cuando oscila entre “una razón o por otra”. En un libro de geografía, aprobado como texto escolar por el Ministerio de Educación y escrito en 1926 por el profesor Eduardo Acevedo Díaz, los niños aprendían que “la República Argentina no necesita de sus indios. Las razones sentimentales que aconsejan su protección son contrarias a las conveniencias nacionales”. Los indios no están, quedan muy pocos o directamente no son de utilidad para el país.

La percepción de la extinción del indio será tan rotunda que en el N° 678 del cómic *Patoruzito* de diciembre de 1958, dedicado a Ceferino Namuncurá, ya desde la tapa se pregunta: “¿Dónde están los indios argentinos?”. Para poder encontrarlos, los protagonistas de la historieta deben ir acompañados de expertos, de hecho, en el comic consta que esa historia está basada en la “documentación ofrecida por la Dirección Nacional de Asuntos Indígenas que dirige el Reverendo Padre Dr. Emilio Martínez” (*Patoruzito* 1958: 4). En un manual de texto de 1970 Exequiel Ortega no tiene empacho en escribir “a esta altura del problema del indio en que nos hemos situado, la presidencia de Avellaneda significó su solución final” (Ortega 1970: 367). O la publicación infantil de la Editorial Atlántida que para el Día de la Raza de 1979 decidió recordar la Conquista del Desierto: “Al término de su campaña, Roca había eliminado a 6 caciques principales y 1600 indios de pelea. Tomó 10.000 prisioneros y terminó con las indias poderosas” (*Biliken* 09/10/1979: 10). Una cosa es que Estanislao Zeballos, ideólogo de la campaña roquista, declare en 1878 que “la opinión pública está ansiosa de llegar a la solución radical del problema de tres siglos” (Zeballos 1879: 51) o que el semanario *El Mosquito* se pregunte “¿Cuáles son los [indios] que deben ser suprimidos inmediatamente?” (*El Mosquito* 17/11/1878); que Fernández de Oviedo diga en su *Historia general y natural de las Indias* que “Dios los ha de acabar muy pronto (...) Ya se desterró a Satanás de esta isla; ya cesó todo con cesar y acabarse la

vida a los más de los indios". Otro asunto muy distinto, es educar a los estudiantes a fines del siglo XX utilizando las conjunciones idiomáticas de "solución final" o "el problema indio" que realmente son de una gran peligrosidad, donde se naturaliza el genocidio pasado y reciente. Incluso decir "final" es corroborar desde el Ministerio de Educación que ya no quedan más indígenas, por lo tanto ese "final" es una suerte de "solución", es aceptar la invisibilidad.

De la solución final a la pureza racial existe apenas un paso. La búsqueda de una raza mejor, sin "mezclas espurias" será una preocupación que se trasluce hasta en libros de divulgación como el que se publica sobre el origen del partido de Saladillo. Allí se lee claramente que "no quedó en esta zona ninguna toldería de indios, ni grupos que se mezclaran y mestizaran con la población blanca. Eso evitó taras étnicas a la raza que se formaba aquí" (Ibáñez Frocham s/f: 53). Recordemos de paso el extremismo segregacionista de las legislaciones coloniales que se obstinaron en meticulosos y complejos árboles clasificatorios para diferenciar con precisión "las mezclas de sangres", algo que se deseaba evitar. Básicamente, se consideraban en un orden decreciente de lo blanco hasta llegar al extremo de la cadena de lo no-blanco. Los estamentos de mayor a menor eran los siguientes: españoles, criollos hijos de españoles, mestizos, mulatos, negros e indios. Pero como estos a su vez se cruzaban entre sí, se necesitaban categorizaciones más específicas para identificar los productos de tales cruces como los zambos, cuarterones u ochavones en virtud de la cantidad de sangre que de tal o cual grupo circulaba por las venas del individuo. La Nueva España tenía nombre para todo: indio con negro daba lobo; mulato y español engendraba un morisco; español con mulato generaba un albino; español con albino producía tornatras, lobo con indio daba zamabayo; indio con zambayo originaba un cambujo y a su vez el cambujo con mulato producía albarzado. Con toda seguridad, esta cátedra de barroquismo genético se situaba fácilmente en un plano hipotético o filológico que en un nivel efectivamente biológico, ya que establecer en la práctica la diferencia entre un cambujo y un zambayo no sería tarea sencilla por más empeño que pusiese "un extirpador de idolatrías y bestialidades" (Valko en prensa). Menos elaborado y más concreto, en la zona sur de Brasil (Paraná y Río Grande), la clasificación se dividía comenzando por supuesto con los blancos, en criollos, caipiras (campesinos blancos pobres de Paraná), mulatos (mestizo de blanco y negro), ca-

boclos (productos del mestizaje entre un blanco con india), y mamelucos (cruza de negro con indio).

Argentina nació aferrada al espejismo de la inmigración anglosajona. Aún hoy invisibiliza a la población que se radica en el país como paraguayos, bolivianos y peruanos que no encajan en los moldes de la opción teórico-ideal del Estado concebido por Alberdi cuando señala que "en América todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que ésta; 1º, el indígena, es decir, el salvaje; 2º, el europeo, es decir, nosotros" (Alberdi 1852: 62). Ése es el mismo discurso que encontramos en Sarmiento cuando habla de que la lucha es "entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia" (Sarmiento 1851: 38). Mientras tanto, ciertos pedagogos no dejan de soñar, como se observa en el texto de lectura denominado *Lunita de Plata* editado en 1962: allí los dibujos de niños rubios abundan en una correlación de 3 a 1 frente a los dibujos de chicos de pelo castaño u oscuro. Y en nuestro país, si no me equivoco, ésa no es la proporción que vemos en las calles.

La mezcla "racial" es un problema grave que desvela a nuestros máximos pensadores. Sarmiento, nuevamente escudándose en alguna cita erudita, menciona al naturalista suizo Luis Agassiz quien asegura que "si alguno duda del mal de esta mezcla de razas, que venga al Brasil, donde el deterioro (...) va borrando las mejores cualidades del hombre blanco, dejando un tipo bastardo, sin fisonomía, deficiente de energía física y elemental" (Sarmiento 1882: 113).

Ahora bien, los indios no están solos como objeto de racismo. En esta galería de ausencias, si prestamos la debida atención, nos encontramos con un segundo ausente. También el negro es una ausencia. El tema es demasiado complejo e importante y merece que nos ocupemos de él en un próximo trabajo; por lo pronto mencionamos apenas la autenticación de su presencia y el tratamiento dado a su figura, tan cruel como el dado a los habitantes originarios de estas tierras. El negro es otro fantasma, es otra presencia negada y usurpada por la historiografía oficial. De la misma forma que no existe una categoría abstracta llamada "indio", tampoco podemos hablar de una condición que pueda abarcar a la totalidad de los negros.

La ruta de la trata de esclavos se desarrolló con muy pocas variaciones durante siglos. Los negros eran capturados entre Senegal y Angola y llevados a la isla de Santiago en el archipiélago de Cabo Verde, un enor-

me campo de concentración que distribuía a los esclavos al resto del mundo. Los traficantes de esclavos capturaron a todos los que pudieron. De esa manera, las malsanas bodegas de los barcos venían repletas de negros *malés* islamizados junto con otros grupos de organización social, cultura, religión y lengua completamente distintos como *yorubas*, *dahomeyanos*, *fanti-ashanti*, *haussas*, *mandingas*, *bantos*. En Buenos Aires, los esclavos desembarcaban en la Vuelta de Rocha, en la Boca del Riachuelo donde eran inmediatamente subastados.

En 1812, la revolución prohibió la importación de esclavos. Antes de esa fecha, habían llegado miles al Río de la Plata, ciertamente un destino menos brutal que los lavaderos centroamericanos, las plantaciones del Caribe o los ingenios del Brasil. En Buenos Aires, los esclavos eran utilizados como personal doméstico y tareas afines en la casa del amo. Una vez liberados, fueron enrolados en los ejércitos libertadores donde cumplieron un servicio militar de cinco años. Ya antes de 1810, habían combatido durante las invasiones inglesas en los famosos regimientos de Pardos y Morenos que iban a reconquistar Buenos Aires. San Martín reclutó a dos tercios de los negros de Cuyo para ser incorporados al Ejército de Los Andes. Junto con otros mil esclavos libertos integraron el Regimiento N° 11 de Cazadores que participó del cruce de la cordillera y pelearon por la libertad de Chile y Perú, llegando a estar a las órdenes de Bolívar.

Como no puede ser de otra manera, Sarmiento también siente particular rechazo por los negros, por eso se congratula diciendo: "felizmente las continuas guerras han exterminado ya a la parte masculina de esta población" (Sarmiento 1981: 214). Ataca a Las Casas a quien acusa de que por su "filantropía excesiva por defender a los indios", y por "su mal consejo", terminaron introduciéndose negros en América. (Sarmiento 1882: 51). Domingo Faustino Sarmiento hizo su parte en esta purga deshaciéndose de cuanto negro pudo enviándolo a morir a la guerra contra el Paraguay. Otro de los discriminadores será José Hernández con su popular Martín Fierro cuando por ejemplo, al ingresar la mujer del negro a la pulpería, utilizando un juego de palabras la insulta llamándola "vaca... yendo gente al baile" y luego asegura que "a los negros los hizo el diablo / para tizón del infierno" (Hernández 1879: 29). La frase se afincó en el refranero popular hasta la actualidad.

El estigma del color perseguirá a "pardos" y "morenos" duran-

te toda la vida. Al igual que en los casos de los pueblos originarios, en las partidas de bautismo y de muerte, el sacerdote dejaba constancia de la "raza" del individuo colocando a continuación del nombre del nuevo feligrés, el estigma "Pardo" o "Moreno". Ni siquiera muerto se borraba la huella que permanecía indeleble, segregándolo hasta en la partida de defunción.

Ya finalizando este capítulo, retomemos el imaginario elaborado en torno al indígena feo sucio y malo. Eduardo Wilde, quien fuera Ministro de Justicia e Instrucción con Roca y luego detentor de la cartera del Interior con Juárez Celman, circunscribe el panorama de forma clara y tajante: "el indio es el enemigo de todos nosotros". El empleo de ese nosotros inclusivo es tan sugerente que logra conciliar las diferencias entre las distintas elites que compiten por el poder. En ese punto, todos están de acuerdo: Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Juárez Celman y Roca. A diferencia de Wilde que, no deja en claro de qué "nosotros" habla, Alberdi, se toma la molestia de explicitar quién o quiénes lo componen: "nosotros, europeos de raza y civilización, somos los dueños de América (...) Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilización en sus hábitos que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía" (Alberdi 1852: 67).

Juan Bautista Alberdi, el ideólogo de nuestra Constitución de 1853 en el capítulo *Acción civilizadora de la Europa en las repúblicas de Sud América* termina de definir a buenos y malos al lanzar una serie de preguntas que supone demoledoras: "¿Quién conoce caballero entre nosotros que haga alarde de ser indio neto? ¿Quién casaría a su hermana o a su hija con un infanzón de la Araucanía y no mil veces con un zapatero inglés?" (Alberdi 1852: 62). En el capítulo siguiente, veremos que fiel a su línea argumental dictamina: "el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil" (Alberdi 1852: 68). Alberdi verbaliza de forma impecable el imaginario con que la sociedad percibe al indígena, "que no figura" dado que se trata de un ser invisible. El profesor Walther en su *Conquista del desierto* tantas veces reeditado, señala como conclusión: "convertido el salvaje en un enemigo irreconciliable fue ya imposible civilizarlo" (Walther 1970: 58). Sin embargo las cosas no siempre fueron así.